

## El significado de la envidia del pene en la mujer\*

María Torok  
(París)

En todos los análisis de mujeres sobreviene, necesariamente, un período en el que aparece una codicia llena de envidia del miembro viril y de sus equivalentes simbólicos. Episódica en algunas pacientes, la “envidia del pene” constituye en otras el centro mismo del tratamiento. El deseo exacerbado de poseer aquello de que la mujer se cree privada por el destino —o por la madre— expresa una insatisfacción fundamental que algunos atribuyen a la condición femenina. Ciertamente, la convicción de que la privación propia tiene su equivalente en el goce del prójimo, es común a los pacientes de ambos sexos y se da en todos los análisis. Envidia y reivindicación, despecho y desesperación, inhibición y angustia, admiración e idealización, vida interior y depresión: todos estos son síntomas tan diversos como variados de ese estado de falta. Pero es de notar que del hombre y la mujer, sólo esta última atribuye ese estado de falta a la naturaleza misma de su sexo: “Es porque soy mujer”. Entiéndase por ello: no tengo pene, de ahí mi debilidad, mi inercia, mi falta de inteligencia, mi estado de dependencia, y aun mis enfermedades.

“Al final de cuentas, todas las mujeres están en mi caso, por lo tanto sólo puedo sentir desprecio por ellas, como siento por mí misma.” “Son ellos, los hombres, los detentores de todos los valores, de todos los atributos que los hacen dignos de ser amados y admirados...”

---

\* Artículo publicado en “Recherches psychanalytiques nouvelles sur la sexualité féminine” (J. Chasseguet-Smirgel). Bibliothèque Scientifique. Payot Paris, 1964, pp. 181-219.

¿Es concebible una desvalorización tan radical del propio sexo? ¿Acaso hunde sus raíces en una inferioridad biológica real? Esta idea terminó imponiéndose a Freud, luego que hubo vanamente tratado de reducir ese obstáculo a la curación, constituido por la codicia de un objeto inalcanzable por naturaleza. De más provecho sería “predicar a los peces” (usando la expresión de Freud) que agotarse en la empresa yana de hacer renunciar a las pacientes, de una vez por todas, a su deseo infantil de poseer un pene. Ante el fracaso de tentativas tan numerosas, ¿no era acaso necesario resignarse al final de cuentas a conceder alguna legitimidad a la “envidia del pene” e imputarlo a la naturaleza misma de las cosas: “la inferioridad biológica del sexo femenino”? Considerando otro punto de vista (el desarrollo afectivo del niño), Freud llegó a la misma conclusión. Cuando se vio llevado a insertar un estadio intermedio (fálico) entre el estadio anal y el genital, lo concibió semejante para los dos sexos y enteramente consagrado al miembro viril. Si es cierto que en ese estadio el niño conoce un solo sexo, el masculino, se comprende el despecho lleno de envidia de la niña que cree estar desprovista de aquél. Todas sus hipótesis referentes a su estado de castración y al valor del otro sexo, se originarían como consecuencia de un falocentrismo psicobiológico, inherente al propio estado fálico. Por ello es que la “envidia del pene” en la mujer, así como los esfuerzos para hacerla renunciar a ella, sólo pueden, en la perspectiva analítica de Freud, desembocar en un “impasse”. Ahora bien, si la tesis de la unisexualidad del estadio fálico se halla siempre confirmada en las fantasías aferentes a dicho estadio, parecería que ese estado de hecho pueda recibir una explicación propiamente psicoanalítica y que no debiéramos conformarnos con una confesión de impotencia que hace intervenir la biología.

Comprendemos la exasperación de Freud al oír decir: “Para qué proseguir el análisis si usted no puede darme eso”. Pero también comprendemos la desesperación de su paciente a quien invita a renunciar a un deseo que parece serle tan caro.

Y Freud hubiera sido el primero en admitir que no cuadra en las funciones de analista el preconizar el duelo de un deseo, sea éste cual fuere.

No menos cierto es, por otra parte, que a través del análisis, el deseo de la mujer de tener un “pene”, es decir de ser “hombre”, se denuncia a sí mismo

como un subterfugio, y ello, en razón mismo de sus características de envidia. Un deseo puede ser satisfecho, la envidia de algo, jamás. La envidia sólo puede engendrar envidia y destrucción. Puede ocurrir que el falso deseo proclamado por la envidia reciba algo así como un simulacro de satisfacción. Tales las actitudes llamadas “fállicas” de ciertas mujeres, por completo alienadas en la imitación del otro sexo, por lo menos de acuerdo a la imagen que de él tienen; el frágil edificio que así construyen sólo alberga vacío, angustia y frustración. El problema del análisis radica precisamente en traer a luz un deseo auténtico, pero prohibido y que, bajo los rasgos de la envidia, yace enterrado. En éste, como en otros casos, aceptar al pie de la letra las protestas del analizado significaría cerrar las puertas al análisis. Una segura manera de no perder este resultado, consistiría por cierto en legitimar la “envidia del pene” en la mujer, mediante un pretendido estado de castración que estaría en su destino y cuya responsabilidad sería atribuida a la filogénesis. Otro método no menos seguro de perder el análisis, consistirá en reducir la reivindicación a motivos extra-analíticos. Como ser, la situación de inferioridad real en la que se halla la mujer actual en el plano de su realización socio-cultural.

El analista que no tema encarar este “hueso” del tratamiento que es la “envidia del pene”, deberá, en primer término, aclarar la naturaleza del conflicto que engendra semejante solución desesperada. Deberá asimismo apreciar en su justo valor los beneficios que ella sin duda alguna proporciona y, por último, sacar provecho para el tratamiento de las penosas contradicciones en la que encierra fatalmente a la paciente.

Entre los autores postfreudianos, Jones y M. Klein tuvieron el mérito insigne de no considerar ya la “envidia del pene” como irreductible. Ambos consideran, en efecto, que la calidad de la primera relación con el pecho materno es en este caso determinante. En cuanto el análisis mejora la primera relación con la madre (desconflictualizando la introyección del pecho), la envidia en general y la “envidia del pene” en especial, pierden su razón de ser.

Posteriormente a dichos autores, no resulta inútil señalar lo siguiente: para el analista, los objetos-cosas no pueden ser otra cosa que signos de deseo o temores, conscientes o inconscientes, o dicho sea en otros términos, recordarían los momentos subjetivos a partir de los cuales el sujeto los

instituyó. Para Freud, un objeto, y aun el objeto, vale, en la economía de los individuos, como simple mediador hacia el objetivo del impulso: la satisfacción. Por supuesto, los objetos-cosas poseen nombre y espacialidad, y por lo tanto son también objetivos: el hecho de que sean iguales para todos permite su intercambio, pero también los hace aptos para disimular deseos. ¿Pero acaso la tarea del analista no consiste en hallar detrás de la cosa, ese deseo que ella a la vez niega y realiza? Por lo tanto, analizar mediante las cosas, como ser el “pene” o el “pecho” (aun cuando fueren los del analista), codiciadas por una paciente llena de envidia, ¿no exagera acaso las contradicciones que afectan a los objetos (y los Objetos) en lugar de aclararlas, al hacer aparecer (y al propio tiempo desaparecer) los conflictos internos que implica la satisfacción de un deseo vital? La realización de un deseo no es asunto de realidades objetivas. Depende de nuestro poder de satisfacerlos y de nuestro derecho a la satisfacción, es decir, de la libertad de poner por obra los actos relacionales de nuestro cuerpo. Las realidades objetivas invocadas ó como objetos de falta o de codicia —generalmente inalcanzables—, son otras tantas trampas que se tienden al tratamiento para enmascarar (y por lo tanto mantener) las inhibiciones aferentes a esos actos; ‘trampas que muy a menudo retienen al deseo prisionero duran e toda la vida.

Por esa razón descartaremos de nuestro estudio sobre la “envidia del pene”, el pene propiamente dicho, considerado como cosa, como realidad objetiva, biológica, o sociocultural. Porque, aunque el hecho parezca en primera instancia una paradoja, en la “envidia del pene” no se trata de nada menos que del pene mismo. Este “objeto parcial” nos aparecerá como una invención *ad hoc* para camuflar un deseo, como un obstáculo artificialmente colocado en el camino del reencuentro consigo mismo en la liberación de los actos inhibidos. ¿De qué sirve este artificio? ¿Contra qué peligro protege? Es necesario comprenderlo antes de denunciarlo.

Por más estropeado o alienado que esté, el deseo que subyace la “envidia del pene” no puede dejar de transparentarse en ella. En este sentido, este síntoma, como cualquier otro, merece nuestro respeto y nuestra atención. Si felizmente nuestra tarea analítica logra remontar a los orígenes de la “envidia del pene” y por ende volverla superflua, nunca será mediante el trueque de una adquisición por una renuncia. La “envidia del pene desaparecerá por sí sola el día en que cese el penoso estado de falta que la provoco.

## II

A condición de abandonar cualquier punto de vista objetivista acerca del “pene” envidiado y dejar en suspenso toda pregunta relativa a la legitimidad sociocultural de esta envidia, el camino está abierto para una investigación propiamente psicoanalítica. Para el analista, la “envidia del pene” es el síntoma, no de una “enfermedad”, sino de un determinado estado deseoso, el estado correspondiente a un deseo no realizado, sin duda debido a exigencias contrarias. Si interrogamos el síntoma en este estado de espíritu, comprobaremos no sin sorpresa que el interrogante, si no se aparta de la actitud analítica, puede, por sí sola, revelarnos el significado general del fenómeno: la naturaleza misma del conflicto que tiende a resolver y la forma en que trata de hacerlo.

Una primera idea que acude a la mente es aquella de Freud, que pensaba que el descubrimiento del sexo del varón por parte de la niña, era una razón suficiente para originar la envidia y concomitantemente el odio hacia la madre quien, en la hipótesis creada por la niña, es considerada responsable de su estado de “castración”. Y por cierto la “envidia del pene” no podría sacar su contenido —podríamos decir, su pretexto— de otra fuente que la experiencia. Pero un problema sigue planteado: ¿cuál es el momento fecundo en que debe tener lugar esta experiencia para que origine una envidia irreductible de por vida? Ya que sólo encontramos lo que estamos aptos para encontrar. “El oso polar y la ballena... estando cada uno confinado en su elemento propio... no pueden encontrarse”, dice Freud con propiedad.

Si un encuentro decisivo tiene efectivamente lugar entre la niña y el varón, no es tanto por el hecho de ser diferentes, sino precisamente por ser semejantes; o dicho en otras palabras, marcados por el sexo. Tenemos derecho de suponer que el descubrimiento del sexo del varón por parte de la niña, se inscribe en un tiempo de exploración de su propio sexo. El descubrimiento del pene debe ocurrir en el momento oportuno para no ser reducido a un simple incidente de la vida infantil. Cuando la niña se dice a sí misma: “Mi madre no me dio eso y

es por eso que la odio”, echa mano a un pretexto cómodo, pero sólo expresa así su odio, sin explicarlo en absoluto.

La asociación de la “envidia del pene” y del odio, consciente o inconsciente, hacia la madre, constituye un hecho que se observa corrientemente. Pero existe otro hecho clínico, no menos notable, cuyo examen nos permitirá ubicar los motivos profundos de este odio. Este hecho, clínicamente tan constante y significativo, es lo que podríamos llamar la idealización del “pene”. Muchas mujeres se hacen una idea fantástica del órgano masculino, dotado de cualidades extremas: potencia infinita, para el bien o el mal, dando a su poseedor seguridad y libertad absolutas, inmunidad contra todas las angustias y las culpas, y procurando placer, amor y realización de todos los deseos. La “envidia del pene” es siempre la envidia de un pene idealizado.

“Si se tiene eso (el «pene») —dice Ida— se tiene todo, uno se siente protegido, nada puede herirle... Uno es lo que es y los demás no pueden hacer otra cosa que seguirle, admirarle... es una potencia infinita. Los hombres nunca pueden caer en estado de necesidad, de falta de amor. ¿La mujer? Incompletud, dependencia perpetua, el rol de la Vestal guardiana de la llama. En balde me hablaban de la Santa Virgen... ¡Dios Padre es sin embargo un hombre! La palabra pureza me recuerda pobreza... siempre sentí cierto desprecio por la mujer.”

“No sé por qué tengo esa impresión —dice Inés— ya que no corresponde a nada en la realidad, pero siempre fue así para mí. Como si sólo el hombre pudiera realizarse, tener opiniones propias, formarse, ir siempre más allá. Y todo parece serle fácil naturalmente.., una fuerza que nada, nada puede detener.., que todo lo puede si él quiere. Yo pataleo, vacilo, hay como una pared delante mío... Siempre tuve la idea de que no estaba terminada. Algo así como una estatua a la espera de que el’ escultor se decida por fin a modelarle brazos. .

Una niña, Yvonne, siempre creyó que los varones “logran todo. . . Hablan idiomas en seguida... Podrían llevarse todas las velas de la iglesia y nadie les impediría hacerlo. Si por casualidad encuentran un obstáculo pasan por encima con naturalidad. . .

He ahí descripciones por demás elocuentes de un pene idealizado. Trátase evidentemente de un significado instituido:

“la cosa —cualquiera que sea— que uno mismo no posee”. Ahora bien, una falta tan vital no puede en ninguna forma ser una falta natural, sino sólo el efecto de una privación o renunciamento. Y surge entonces la pregunta: ¿cómo se llega a des4xiseerse uno mismo de una parte tan valiosa de sí mismo, en provecho de un “objeto” externo, que se estima inalcanzable y por otra parte —de acuerdo a la propia confesión de las mujeres analizadas— seguramente inexistente? Por ahora nos limitaremos a comprobar ese hecho, que tiene un nombre: represión. Toda idealización tiene su contraparte en una represión. Pero, ¿a quién beneficia la represión? A la Madre, seguramente, según lo atestigua el odio que se le profesa. Efectivamente, si bien el pene idealizado no existe realmente, su contraparte para el sujeto, es decir la depresión, la desvalorización de sí, la rabia, existen sin lugar a dudas. No podemos creer ni por un instante que estados afectivos de tal intensidad puedan provenir de alguna idea que nos hacemos a propósito de un objeto que hemos hallado. Cuando la niña dice a la Madre que vive en ella: “Te odio a causa de esa cosa que no me diste”, dice también: “Es este un odio legítimo, así como es evidente mi falta de esa cosa. Pero tranquilízate, considero ilegítimo el odio real que vive en mí a causa de la represión que impones a mi deseo”.

¿De qué represión trátase en este caso? No es ciertamente por casualidad que precisamente el pene (ausente de la anatomía de la niña) sea investido con los valores de los que el sujeto debió despojarse: el sexo que uno no tiene se presta (mejor imposible) para figurar lo inaccesible, por cuanto es por naturaleza extraño a las vivencias del cuerpo propio. He ahí pues, algo que simboliza estupendamente lo prohibido, que castiga precisamente vivencias corporales relativas al propio sexo. Para ser breves, la designación de una cosa inaccesible como objeto codiciable, acusa la existencia en el sujeto de un deseo que se refracta en una barrera infranqueable. La sobrecatexia de la cosa codiciada, no hace más que atestiguar el valor primordial inherente al deseo renunciado. La mujer tiende a ignorar en ella misma la instancia responsable de la represión (perseguidor de rostro anónimo): desenmascararla exigiría

enfrentar oscuras regiones donde anidan el odio y la agresividad contra el Objeto que no puede no amar.

En la “envidia del pene” se halla condensado un complejo discurso inconsciente dirigido a la imago materna. Podríamos explicarlo en las frases siguientes:

1º) “Sabes, es en una cosa y no en mí misma que busco aquello de lo que estoy desposeída.”

2º) “Busco en vano, pues se trata de algo de que no puedo apropiarme. La vanidad evidente de mi búsqueda debe garantizar mi renunciamiento definitivo<sup>1</sup> a los deseos que desapruebas en mí.”

3º) “Quiero insistir sobre el valor de esa cosa inalcanzable para que aprecies el valor de mi sacrificio al dejarme despojar de mi deseo.”

4º) “Debiera acusarte y despojarte a tu vez, pero es precisamente eso que quiero evitar, negar, ignorar, porque necesito tu amor.”

“En una palabra, idealizar el pene para luego codiciarlo aún más, ¿no es acaso tranquilizarte mostrándote que jamás eso pasará entre nosotros, que por lo tanto nunca me encontraré a mí misma, que jamás permitiré que eso ocurra en mí? Te repito, eso sería tan imposible como cambiar de cuerpo.”

Tal el juramento de fidelidad que la “envidia del pene” signa y sella.

Esa parte de sí misma que, en el discurso imagógico de la niña es la contraparte del “pene”, no puede ser otra cosa que su propio sexo marcado por la represión.

Por cierto sorprende esta afirmación. Parecería indicar que la vivencia del sexo en la niña puede ser simbolizada en el pene-cosa del varón, o dicho en otra forma, en una aprehensión anal del pene. En realidad, en esta simbolización faltaría un eslabón genético: se trata precisamente de la relación anal con la

---

<sup>1</sup> El varón inmaduro deposita sus esperanzas y el proyecto de su maduración en el pene muy potente de su padre, es decir en un órgano parecido al suyo. La codicia sólo anticipa una realización futura: en cada momento de su evolución siente que “volverá a tomar” todo lo que él mismo depositó en un órgano **parecido por naturaleza** al suyo. Mientras que la niña elige para depositario de su proyecto de maduración un órgano por **naturaleza distinto** del suyo, figurando así la existencia de una barrera definitiva a su propio proyecto vital. (Por eso las pacientes se quejan de ser “no terminadas”, “inacabadas”.)



Madre. La noción de “cosa” alcanzable o inalcanzable, permitida o prohibida, alude claramente a esa relación. Al decir la niña “Esa cosa yo la quiero”, se dirige a su Madre. Ahora bien, la vanidad del pedido (en su fondo y forma) implica la tranquilización para la Madre: sus privilegios serán mantenidos. Es en efecto notable que, de hecho, la autoridad, la dominación de la Madre, conciernen menos las “cosas” que le “pertenece” que los actos mismos del control esfinteriano, actos que pretende mandar a su antojo. De ahí la dificultad para el niño, y más adelante para el adulto, en asumir dichos actos sin pasar por la instancia imagógica. Este es el contexto en que debe insertarse la “envidia del pene”. Comprenderemos entonces que lo codiciado no es la “cosa”, sino los actos que permiten dominar las “cosas” en general. Codiciar una cosa es precisamente manifestar a la Imago el renunciamiento a los actos. En el transcurso de la relación anal el niño habrá, por lo tanto, enajenado en favor de la Madre sus actos de control esfinteriano. De ello surge hacia la Madre una agresividad inaudita. Pensemos en el proceso siguiente: el dominio ejercido por la Madre, sólo puede ser interpretado por el niño como una manifestación del interés de aquélla por la posesión de las materias y esto, desde su estadía en el interior de su cuerpo. Como consecuencia de ello: el interior del cuerpo cae a su vez bajo el dominio materno. ¿Cómo liberarse de semejante soberanía, sino dando vuelta la relación?:

surgen entonces fantasías inconscientes, sangrientas, de abrir el vientre de la Madre, de evacuar el interior de su cuerpo, de destruir el lugar y la función de su dominio.

He ahí por qué es necesario tranquilizar a la Madre. Vemos ahora con toda claridad por qué la codicia ostentada del pene-cosa —por otra parte inalcanzable— llena ese rol tranquilizante a las mil maravillas.

Volvamos ahora a la última pregunta: ¿Qué es lo que motiva la especificidad de esta elección? ¿Por qué precisamente el “pene”?

A fin de rodear mejor el problema recurriremos a una forma, complementaria, de interrogar al síntoma: además de tratar de reconstruir su génesis retrospectiva como lo hacíamos hasta ahora, trataremos de considerar otra dimensión, tan esencial como aquella: su dimensión prospectiva. Esta nos traerá quizá en retorno algunas luces sobre la génesis propiamente dicha.

Entendemos por dimensión prospectiva de un síntoma y del conflicto subyacente, su aspecto propiamente negativo, que no aporta solución a ningún problema y que se define solamente por algo aún inexistente, aún no ocurrido, el paso hacia adelante que impidió cumplir. Sin embargo, es el momento prospectivo el que da a la represión su carácter dinámico. Las etapas bloqueadas de la maduración afectiva reclaman cumplimiento. Se las presiente por cierto a través de la represión que las bloqueó, pero el aspecto prospectivo del síntoma no se articula en el discurso imagógico. En efecto, la niña no sabría, ni aun inconscientemente, dirigir estas palabras a su Imago:

“Puedo decirte que codicio el pene-cosa para adueñarme de él y volverme varón, pero lo que no puedo ni aun sentir es mi deseo abortado de gozar con el pene como una mujer, como está prescripto en el destino de mi propio sexo”. Pero es precisamente el hecho de la no-accesión genital, el que nos indica el camino para identificar las interdicciones represivas. En efecto, no puede tratarse de otra cosa que de la experiencia misma que hubiera debido preparar y elaborar el proyecto genital y las identificaciones; experiencia relacionada evidentemente con la “parte valiosa” de sí que fue reprimida.

Hemos visto que esta “parte valiosa” es un conjunto de actos que se volvió privilegio de la Madre anal. La niña disponía, sin embargo, de un instrumento que le permitiera recobrar, indirectamente, lo que le fuera arrebatado. Era la identificación con la Madre dueña de su poderío. Y lo que comprobamos es una laguna en esta identificación misma; laguna que atestigua la “envidia del pene”. Concluyendo, nos vemos así llevados a incriminar, además de la represión de conflictos pregenitales anales, una inhibición específica, total o parcial, de la masturbación, del orgasmo y de la actividad de la fantasía inconsciente concomitante. La “envidia del pene” aparece entonces como una reivindicación disfrazada —no del órgano y de los atributos del otro sexo—, si no de sus propios deseos de maduración y de auto-elaboración al amparo del encuentro consigo misma en la conjunción de las vivencias orgástica e identificadora. Tales las primeras conclusiones a que nos parece posible llegar en cuanto al significado general de la “envidia del pene”, considerado como síntoma, en el sentido freudiano de la palabra.

Muy anteriormente a nosotros, M. Klein, Jones, K. Horney y J. Müller, señalaron la precocidad del descubrimiento y de la represión de las sensaciones vaginales. Hemos observado, por nuestra parte, que el encuentro del otro sexo constituye siempre una rememoración, una oportunidad para el despertar, para el propio sexo. Clínicamente, la “envidia del pene”, el descubrimiento del sexo del varón, se ven a menudo asociados a un recuerdo reprimido de vivencia orgástica.

En el transcurso de varias sesiones, Marta presenta violentas crisis de llanto y de risa. Poco a poco sus emociones recobran contenido: siendo niña se había encontrado con varones en la piscina. Desde entonces repite a menudo una frase, siempre la misma: “No puedo vivir así”. Esta es la frase que vuelve en los momentos de gran depresión en su análisis. “Así” quiere decir conscientemente: desprovista de pene. Pero comprendemos, junto con ella, que en aquella oportunidad “apretaba las piernas”, “enrollaba un trozo de malla en su interior” y sentía algo como “una onda sensible”. La risa, junto con las lágrimas (alegría y culpa mezcladas), retrotraía a la idea: si estoy hecha “así” (sintiendo “esa onda”) entonces “en mi casa, ¿me aceptarán?”. Al llegar a la pubertad, esta paciente sentía una tal culpa hacia la madre que le ocultó sus reglas (signo de su accesión genital) durante un año entero.

Lejos de ser ignorado, el propio sexo era, de hecho, motivo constante de preocupación latente: el deseo de complacer a la madre era entonces más fuerte que el placer orgástico. El deseo del orgasmo se expresaba, sin embargo, en el transcurso de las sesiones mediante ataques de risa; pero debió permanecer reprimido, y ello, mediante precisamente 71a “envidia del pene”. La paciente manifestó en primer lugar “una indecible alegría”, una “esperanza inmensa”. Luego, sin saber cómo, una convicción fue instalándose en ella: no en mí sino allá, no dentro de mi cuerpo, sino en un objeto, existe algo infinitamente deseable, pero perfectamente inalcanzable. Notemos esta contradicción:

“la onda sensible infinitamente buena” hace perder a la niña su sentimiento de ser buena para los que la rodean. El “pene” es vivenciado (lo veremos más adelante) como el sexo “bueno”, el que hace gozar a su poseedor sin culpa. No

está ligado a un gesto masturbatorio y de incorporación culpable. Reúne las condiciones de perfecta armonía: placer para sí y armonía con los allegados. Sentir “aquella onda” es agresivo y malo con respecto a los demás. Entonces todo eso “bueno” es abandonado en provecho de un objeto exterior: el pene idealizado. El vacío así creado en el sujeto se llena de tristeza, amargura, celos. Pero la agresividad que está incubando no puede remediar lo que fue bloqueado: el progresivo y voluptuoso despertar a la maduración. El tratamiento analítico solamente será capaz de inducirlo al liberar sus instrumentos.

Esa alegría del despertar de la maduración se prolonga más allá de la satisfacción inmediata. Significa para el sujeto una súbita abertura al porvenir. Es la misma alegría de los grandes descubrimientos: “Ya comprendo!”. “Es pues así que yo me vuelvo yo, adulta; conquisto mi valor por la alegría que siento al volverme yo misma”. (J. Müller señala con propiedad que el libre desenvolvimiento de la sexualidad infantil garantiza la estima de sí mismo.) En efecto, las alegrías orgásticas de la primera infancia son los verdaderos instrumentos que ayudan a presentir y elaborar el sexo genital y, a través de éste, la personalidad entera en formación. ¿Qué es lo que se descubre al ir hacia el orgasmo? El poder de fantasear la identidad con los padres e imaginarse a sí mismo en todas las posiciones de la Escena primaria, en los diversos niveles en que se la enfrenta. El orgasmo que se consigue, tiene un valor real en cuanto permite una verificación: la fantasía es valedera puesto que “provoca” el goce. Comprendemos ahora por qué cualquier inhibición de semejante encuentro con uno mismo deja una laguna en el sujeto, en lugar de una identificación de vital importancia para él. De ello resulta un “cuerpo propio” incompleto (algunos dirían: Imagen corporal) y, correlativamente un mundo de realidades fragmentarias.<sup>2</sup>

El valor de gozosa abertura al porvenir que da su sentido a las vivencias orgásticas, aparece claramente en algunos sueños:

---

<sup>2</sup> La masturbación puede, por cierto, reaparecer más adelante con contenidos fantaseados de distinto nivel, pero lo que haya sido reprimido anteriormente, dejará su huella negativa en la personalidad entera ulterior.

Inés halla nuevamente recuerdos y emociones de sus vivencias orgásticas precoces. Narra un sueño de una “indecible alegría” primero, que se transforma luego en depresión. Se encuentra a orillas del mar, esperando. Una multitud excitada se agolpa a su alrededor (espera del orgasmo). Detrás de ella hay varios WC (recuerdo de una escena de masturbación). Está sentada: de pronto viene a posarse sobre su pollera tendida un maravilloso animal, suave y sedoso al acariciar. Ella respira profundamente, extiende los brazos y acaricia al animal. Llena de admiración, la multitud vibra junto con ella. Todo era “tan lleno”, “tan estupendo”. Dice: “Ese momento lo concentraba todo, todo lo que fui, todo lo que seré. Era como cuando uno se dice a sí mismo: quiero estar en un país hermoso, lo deseo muchísimo, y apenas uno pensó en eso ya se encuentra allí”.

Ahora bien, la fantasía orgástica reprimida (según lo ilustra el sueño) concierne la incorporación del pene en su función pulsional de **generador del orgasmo**. Esta misma paciente sentía su cuerpo inacabado, deseaba que un “escultor” le modelara “brazos”. Sólo podía hacer uso limitadísimo de sus manos, trabadas - en la actividad masturbatoria, en su función creadora de fantasía inconsciente fundamental de ser el **pene para la vagina**.

Ferenczi nos enseña que la masturbación marcha a la par con un desdoblamiento del sujeto: éste se identifica a la vez con los dos términos de la pareja y realiza la cópula de manera autárquica. Agregaremos que ese desdoblamiento, el tocar-se, la vivencia “yo-me” autenticada por el orgasmo, significa también: “Puesto que puedo hacerlo yo solo, estoy liberado de aquellos que hasta ahora me dieron o prohibieron el placer a su antojo”. Mediante la masturbación, el tocar-se, en sentido y también como reflexividad específica de la fantasía propio inconsciente, el niño se autonomiza con respecto a una relación materna de dependencia. Instituye, en consecuencia, una Imago materna también autónoma, vale decir, que pueda gozar sin él. Comprendemos que falte esta última eventualidad en el caso en que la Imago materna prohíbe la masturbación. Esta Imago queda entonces constituida durante el transcurso de una educación anal excesiva o precoz y su

despotismo se extiende a todos los dominios analógicos. Una madre muy exigente modelará un Imago materna celosa, vacía, insatisfecha. ¿Cómo podría bastarse a sí misma, si sólo el control del niño puede satisfacerla? ¿Cómo podría no ser celosa y desconfiada, al ver al niño escapársele en el curso de la maduración? La prohibición de la masturbación tiene precisamente por efecto, encadenar el niño al cuerpo de su madre y trabar su propio proyecto vital. A menudo las pacientes expresan esta situación diciendo:

“Una parte de mi cuerpo quedó dentro de mi madre (mano, pene, heces, etc.). ¿Pero, cómo podría retirarla de allí? ¡Ella lo necesita tanto! ¡Es su único placer!”

La mano que “pertenece a la Madre” no puede simbolizar para la enferma lo que la Madre se niega a sí misma: esa mano será refractaria a cualquier figuración del pene.<sup>3</sup> Quedando bloqueado en esta forma el camino hacia el Padre, deberá perpetuarse la relación de dependencia con la Madre. La niña vivirá un dilema sin salida: identificarse con una madre vacía de valores, peligrosamente agresiva y que necesita completarse en el campo del tener, o permanecer siendo el vano apéndice de un cuerpo incompleto. En su relación conyugal la mujer corre el riesgo de repetir esas dos posiciones. Pero, en el análisis, se trata precisamente de adquirir aquello por lo cual puede abrirse el círculo encantado del ser y del tener. No será por cierto un pene-apéndice lo que le será conferido; los “brazos” que Inés acaba de recobrar son el equivalente de un pene-complemento que figura, más allá del ser y del tener, el derecho de actuar y devenir. Cuando la “envidia del pene-apéndice” no enmascara el deseo del pene-complemento, el acercamiento hacia el Padre ya no debe tropezar con el sentimiento de tener un cuerpo peligroso para el pene. Al mismo tiempo, ello significa que la masturbación (y las identificaciones) ya no es vivenciada como destructiva de la Madre.

En el transcurso del análisis, el cese de la inhibición orgástica va siempre acompañado de un sentimiento de potencia. No puede pensarse en un análisis que llevará a la mujer a la madurez genital, sin haber resuelto la “envidia del pene” que enmascara el conflicto masturbatorio y el conflicto anal subyacente.

---

<sup>3</sup> Merece notarse que la mano, como medio de introyección de la escena primaria, figura siempre al órgano genital del sexo opuesto.

Es particularmente inconcebible que la “envidia del pene” se transforme directamente en “deseo de tener un hijo del Padre”. Efectivamente, si el hijo debiera desempeñar el papel de pene-objeto codiciado y proporcionar una completud hasta entonces defectuosa, ¿cómo podría ser aceptada su evolución, su florecer en su propio proyecto deseado y animado por una Madre que, sin él, volvería a caer en la amargura y la envidia? Una Madre así, sólo desea una cosa: conservar el hijo-pene, en estado de apéndice eterno, como garantía ilusoria de su plenitud.

En la medida en que la “envidia del pene” se basa en una represión y protege contra el retorno de angustias pregenitales, constituye un obstáculo en el camino hacia la genitalidad; en ningún caso podrá conducir hacia ella. El camino que lleva de la “envidia del pene” hacia la genitalidad, pasa necesariamente por una etapa intermediaria: la fantasía de gozar con la ayuda del pene del Padre. Una vez que esta fantasía haya sido permitida, el hijo deseado no tendrá ya el sentido de lo que se tiene, sino de lo que viene a integrarse en el devenir mismo de la vida.

#### IV

Bloqueada en su accesión genital, la mujer que sufre la “envidia del pene” vive con un sentimiento de frustración cuya naturaleza apenas sospecha. Tiene sólo una idea meramente exterior de lo que puede ser la completud orgástica genital. En todo caso, no podrá alcanzarla mientras subsista la represión.

Hemos visto que el síntoma consiste en idealizar el pene, en colocar en él toda la esperanza de lograr para sí que se ha perdido: su propio proyecto de vida, la madurez genital. Pues para el niño, es la realización, puesto que eso es lo que aún le falta. Por cierto el deseo es eterno, jamás renuncia, pero se ve obligado a “dar vueltas en el vacío” o fijarse en imágenes convencionales. Encontrar al hombre en una fusión orgástica plena, realizarse en una actividad auténtica, he ahí el deseo más profundo de la mujer que sufre de la “envidia del pene”, pero he ahí también lo que más rehuye. La práctica clínica diaria nos enfrenta con mujeres que se lanzan hacia el pene-complemento, instrumento de la

realización femenina, y las volvemos a hallar luchando con una Imago amenazante y celosa. Surge entonces la envidia del pene idealizado y el odio hacia su pretendido poseedor. A partir de ese momento, el desencanto prevalecerá sobre el amor y la frustración sobre la plenitud.

El pasaje a lo que se acostumbra a llamar lo genital, siempre marcha a la par con ese sentimiento: ya no soy “castrada” puesto que “puedo”. Esto significa, en primer lugar, la desinhibición del gesto y de las fantasías masturbatorias, sin lo cual el mismo proceso analítico quedaría bloqueado. Si la represión equivale aquí a: laguna en el Yo, limitación de los poderes y del valor propios, el cese de la represión trae aparejadas la potencia, la propia estima y, sobre todo, la confianza en el poderío y devenir propios.

“No sé cómo expresar —dice Olga —la impresión que me causaron sus palabras. Aún no me he recobrado... Es como si usted me hubiera transmitido un poder. Sin embargo, estaba muy deprimida el otro día. Pero al salir de aquí me repetía sus palabras. Y toda mi angustia se desvaneció. Muy raras veces lloré como esta semana... Fue como una luz súbita... Y anoche yo... no, nunca hablé de esas cosas con nadie antes. Bueno, era como un despertar. Sentí placer.. . Ahora tengo ganas de probar mis fuerzas y sonreír a todos los hombres, y, sabe, responden muy gentilmente. No puedo creerlo, me dicen cosas halagüeñas!”

Ahora bien, en la sesión anterior habíamos comprendido juntas, cómo mediante la idealización la paciente se prohibía a sí misma una realidad alcanzable y cómo, de hecho, esa prohibición seguía la misma dirección que la prohibición materna de acercarse a la virilidad del padre. La destitución imagógica señaló el camino hacia el núcleo del problema: la masturbación. Algunas sesiones más adelante, Olga llegó con “una mano completamente fría” como si no le perteneciera. En tal ocasión se trataron todos los objetos que su madre le había prohibido tocar y, en especial, su propio sexo. Esa mano “completamente fría” no era sino una prueba de obediencia a la Imago materna prohibidora.

El reducir la idealización del “pene” a la represión de la masturbación, va junto con la liberación de las energías y confiere, según puede verse, los poderes del



propio sexo. Se trata del poder arrebatado al niño —recobrado ahora— de identificarse con los protagonistas de la Escena primaria, correspondiente a cada estadio, y de verificar el momentáneo ajuste de sus identificaciones por el goce orgástico logrado gracias a ese ajuste.<sup>4</sup> , <sup>5</sup>

A fin de facilitar al lector una intuición más concreta de estas tesis, nos pareció oportuno indicar una breve secuencia de un tratamiento analítico (unas veinte sesiones). Ida, una mujer joven de nacionalidad húngara, había recurrido al psicoanálisis para liberarse de sus numerosas dificultades afectivas y profesionales.

Sentí un shock al ver a Santiago lavar los platos. Tenía vergüenza, como si me hubieran desvelado una parte oculta. Soy incapaz de hacer labores de costura, remendar, coser... Siento vergüenza de tener un cuerpo de mujer. Sentí vergüenza al ver a Santiago volverse, ¿cómo decirle? mujer... Claro, no por eso es mujer... pero, ¿por qué eso me inquieta tanto?

**Quizá porque “mujer” para usted no tiene el significado acostumbrado. Ser “mujer” para usted significa no tener sexo. Lo que la inquieta es la idea de que Santiago pudiera volverse “sin sexo”. No sé. Me siento confusa. ¿Por qué habré pensado que con una vela (nombre dado al pene) se tenía todo?, era estupendo.**

¿Por qué atribuí esa potencia inmensa a los hombres? ¿Es que son verdaderamente así? No, no son así. En todo caso, si para usted son como los describe, comprendo su envidia de la vela. Santiago no es así, mi padre tampoco, ni mi abuelo, ni nadie.

---

<sup>4</sup> Esto es tan cierto que aun la identificación con el castrador, con el prohibidor del “autoerotismo” pasa necesariamente por la fantasía masturbatoria. A falta de esta identificación —por más paradójica y neurotizante que sea— la interdicción equivale a una castración real y se traduce por un estado de asombro y tensión extremos. La autocastración psicótica no tiene otro sentido que el de intentar, en último recurso, una identificación letal, con el fin de levantar una inhibición no menos letal.

<sup>5</sup> Existen dos maneras de comprometer las identificaciones que llevan al niño a la madurez: 1) prohibir el orgasmo que confirmaría la validez de sus tentativas de elaboración; 2) suprimir la fantasía al sustituirle una realidad objetal (seducción). En este último caso la identificación fantaseada queda encerrada en un cortocircuito por una realización efectiva, pero prematura, y los resultados lisiantes de la inhibición causada por este trauma, son en un todo comparables a aquellos que derivan del otro exceso. Por esto es que las pacientes inhibidas en su masturbación fantasean escenas de violación que lindan con la mitomanía y las que sufrieron violencias precozmente se comportan como si fueran orgásticamente inhibidas.

Era una idea mía. Para mi madre, las mujeres eran enemigas. Oliverio no era un enemigo. El, mi hermano, podía ser un amigo. Podía decir a los hombres: ésta es mi madre, es estupenda. Ella había sido abandonada por su propia madre. Creía que los niños nacen por el ombligo. Es exactamente como dijimos el año pasado: el hijo no le dio “la parte de abajo del cuerpo”. Para mí, el hijo es la vida de “abajo”, es todo lo que está abajo, todo lo que puede crecer por abajo. Luego mi madre tuvo ictericia. Después de todo, quizá yo sea como ella. (Recuerda un sueño en el que daba a luz un niño color naranja.) Después de todo, quizá yo fuera algo así como un enemigo para ella. Pero también era una amiga... ¿Por qué me habrá dicho:

Nunca serás tan linda, fina ni sensible como Susana? Nunca me protegió, nunca fue un sostén para mí. Nunca tuve nada para mí. Nunca conservé nada. Siempre di mis objetos.

Aparece claramente que para Ida, “mujer” equivale a “castrado”. El intentar castrar al hombre se justifica por el deseo de adquirir el sexo único, el sexo masculino, con todas las “ventajas” que comprende. La interpretación apunta a una toma de conciencia doble que concierne: 1º) el carácter idealizado del pene codiciado; 2º) el carácter subjetivo de esta idealización.

Una vez que se hubo reconocido en el origen de los significados que para ella tienen las palabras “mujer” y “pene”, y comprendiendo a la vez que no se trataba de hechos exteriores, absolutos e inmovibles, Ida pudo llegar más allá de esos significados, hacia la génesis de aquellas palabras: “mi madre”. Es porque mi madre vive así en mí, que “mujer” significa para mí “castrado”, sin “parte de abajo del cuerpo”, “monstruosa” que debo envidiar e idealizar el pene. La Madre, incompleta, vacía, frustrada, desvaloriza y castra a su hija en su mismo devenir. Esta es la razón por la que no puede guardar nada, y ella misma lo comprende ahora.

Pobre Mamá, se siente muy abandonada. Cree que ahora yo sólo me ocuparé del bebé. Soñé con una serpiente. Había salido de mis pechos y amenazaba con picar a los demás. La partera me dijo que el niño estaba casi próximo a salir. Pobre Mamá. Hoy me llamó por teléfono, pero era para hablar con Santiago. Debe sentirse muy sola. En la casa-cuna sólo habían niñas. Y además ese médico viejo, tan bueno. Lo quería mucho. Me daba inyecciones.

En la escuela también habían varones. Mi madre jamás me mandaba en hora a la escuela. Siempre yo tenía que demorarme para quedarme con ella. Ella siempre quería también prolongar las vacaciones. No le gustaba la escuela. Sin embargo, la escuela representa la fuerza, la autoridad, la regularidad, la seguridad. Me gusta la escuela. (Ida tenía serias inhibiciones para seguir sus estudios universitarios.)

Ida sigue ahondando el significado de su relación con la madre. Comprende ahora: al tener su bebé, su madre se vuelve “pobre”. Madre e hija están indisolublemente ligadas: una llena el vacío de la otra.

Equivalencia entre serpiente-bebé que pica y el bondadoso y anciano doctor que pincha: son objetos-placeres para Ida; para su madre representan peligros. Ida se da cuenta perfectamente que podría liberarse gracias a esos objetos-placeres. Y eso le hace comprender por qué su Madre la retiene para que no contacte esa “fuerza”, esa “autoridad” que representa la escuela. Por la misma razón Ida llega tarde a las sesiones. La Madre le “vacía” su “parte de abajo del cuerpo”, ella necesita —para colmar su vacío— guardar a Ida cerca de ella, como objeto-placer para sí. En pocas palabras, el dilema que se le plantea a Ida es el siguiente: ser autónoma y gozar con el pene, o ser un apéndice anexo a la Madre. Si yo obtengo placer, mi Madre se vuelve indigente y vacía por ello, y esta idea me es insoportable.

Soñé que reclamábamos un perrito a mi madre. Yo no, mi marido. Cuando era chica me gustaba retener el pichí. La vieja planchadora me mandaba al baño cuando me veía pararme ya en una pierna, ya en la otra. Es curioso, también voy al baño después de hacer el amor. Siempre me hicieron creer que las niñas no tienen nada. Nada más que un agujero por el cual salen las cosas. No deben retener nada. Ese osito me hace reír. Lo compré para el bebé, pero por ahora lo guardo. Soy estrecha como si fuera virgen. No puedo ponerme el diafragma. Me hace sangrar, se cae en el water. Voy a pagarle hoy.

Tiene que reclamar algo a la Madre: la libertad de retener en su cuerpo un “pichí” para jugar y gozar con él. Hablar de todo esto representa ya un principio de disolución del vínculo deprimente. Ida necesita tranquilizar a su Madre: no quiere empobrecerla, por lo contrario, quiere pagarle y, de todos modos, es tan

estrecha por dentro que mal podría retener algo. “Por lo tanto en ninguna forma puede tratarse de que me satisfaga sola, no hay peligro para ti, podrás conservarme como apéndice tuyo”. En este caso, poder retener es afirmar que se puede conseguir placer por sí mismo y, en consecuencia, independizarse. Es de notar que la propia “parte de abajo del cuerpo” de Ida empieza a tener cabida en el discurso.

Oh! tuve mucha dificultad en el parto para sacar al niño. Y luego de repente pensé en todo lo que dijimos aquí, la llamé muy, muy fuerte, y aflojé, cedió la angustia. Acabo de llegar tarde a causa de la cocina. Además, sabe, dejé mi trabajo. Me dije de repente: soy una verdadera mujer.

¿Una verdadera mujer? ¿Qué representa eso para usted? Oh! algunos vestidos, un peinado, cinco minutos de descanso de vez en cuando, un plato de cocina logrado. Pero usted tiene razón, hay algo raro. Vi a Santiago frente a su escritorio, escribiendo. Yo quería hacer otro tanto. Me sentía como..., celosa. Mis estudios..., son aún motivo de angustia. Me quedan aún montañas para escalar. (Se trata del recuerdo de un sueño en que escalaba montañas junto con su madre. Abajo hay un abismo, “es terrible”, es una caparazón de cangrejo, un enorme cangrejo rojo.) Mi madre en esa cocina..., terrible. Aquel día tuve la impresión de tener dos madres. Una como todos los días, que sonreía gentilmente, que hablaba, que hacía cosas. Y la otra, esa mujer desconocida, inasible, absurda (ésta es una alusión a una escena en la cocina: en una oportunidad su madre había herido al padre de Ida en el transcurso de una violenta discusión). Ahora recuerdo, soñé que había una mercería donde vendían botones. Yo quería un costurero.

Ida me tranquiliza: soy buena con ella, gracias a mí pudo sacar al niño. No hay ningún peligro de que se independice. Pero, ¿le permitiré acaso otro placer, el verdadero, ese que precisamente su Madre le prohíbe, es decir, sus estudios? De ninguna manera —afirma Ida— ahora se siente “una verdadera mujer”, vale decir, un ser verdaderamente castrado. Pero más vale eso que liberarse del vínculo de la pertenencia. Herida, incompleta, la Madre se volvería peligrosa, como en la escena en la cocina. Por otra parte, renunciar a su propia completud, como cuando Ida pretende ser una “verdadera mujer”, implica el

mismo peligro: la agresividad que nace de la insatisfacción. No hay por lo tanto otra salida que la inhibición total. Estudiar retener, así como “retener el pichí”, o gozar en el coito, esos son dominios prohibidos. La Madre vacía mantiene a Ida apegada, impidiéndole alejarse e ir hacia esa “fuerza”.

Me es imposible llegar en hora. Siempre llego tarde. Como llegaba tarde a la escuela. El otro día la sentí desconforme. Ahora manejo bien al bebé.

Yo me sentía desconforme cuando mi madre no me mandaba a la escuela; quería enojarme, pero terminaba obedeciendo. Me angustia la idea de volver al estudio. Usted me habló de ese sueño de la montaña. Estaba con mi madre, detrás de ella. Tenía mucho miedo. Abajo era horrible. Como toda esa vida “de abajo”. Además tenía mucho miedo también de caerme. Ahora recuerdo lo que soñé anoche. Me encontraba en la arena o un terreno arcilloso. El suelo se ahuecaba y yo me hundía cada vez más. Tenía la impresión que para salvarme debía hacer determinados gestos, determinados movimientos. Debía dejarme ir sin resistir. . . hacer determinados gestos definidos, no sé cuáles. Al borde del pozo se hallaba un hombre indeterminado, no veía su rostro, no sabía quién era. Un personaje indiferente, neutro (la analista). Tenía la impresión de que trataría de salvarme, pero también de que era impotente y que no podría hacer nada por mí. Y me hundía cada vez más, siempre buscando esos gestos, que debía encontrar a toda costa. Pero finalmente, no era tan inhábil y pensaba que me salvaría igual. No sé más nada. No sé más nada. También era como el parto.

El recuerdo del “sueño de la montaña” (ella se encuentra en la cumbre con su madre, abajo hay un abismo y un cangrejo) le recuerda ahora otro sueño, más reciente: esta vez se encuentra “abajo”, y en compañía de un hombre, en el propio abismo: se atreve ahora a explorarlo. Se introduce en el interior del abismo (como un bebé dentro de su cuerpo). Concibe ahora la idea de identificarse con un pene que la penetraría. Está tranquila: él no correría peligro y aun gozaría. Penetrarse, dejarse atraer hacia el “interior” como en el desdoblamiento de la masturbación, implica ya ser capaz de encarar la relación con el hombre y por ello liberarse de “la cima de la montaña”, la relación materna que transforma lo “de abajo” en un “abismo con cangrejos”. El aspecto orgástico del sueño apareció claramente algunas sesiones más adelante.

“También era como el parto”, cuando el niño se separa de la madre. Esta separación tiene lugar al amparo de un orgasmo por intromisión. En este momento Ida puede por lo tanto disponer de la muñeca que representaba para su Madre; ahora puede manejar esa muñeca y abocarse a un problema nuevo: el de la relación genital.

Siento pánico cuando Santiago me abraza. Pensé en el corredor interior de esta casa. Fui al ginecólogo. Esta vez sin miedo. No me sentía tensa. Cuando Santiago me agarra, sin que yo pueda escaparle, golpeo con los pies. Detesto que alguien quiera retenerme. Sin embargo es agradable cuando me acaricia, pero siento un pánico terrible. Y pienso en otra cosa (su ciudad natal, donde aún vive su madre). Yo era fea cuando niña. Yo quería ser fea. Me decía a mí misma: compensaré mi falta de belleza por la voluntad, el empeño en el trabajo. Engordaba porque comía pan flauta todo el tiempo. Era un placer permitido. Como sustituto de otro placer, ¿prohibido ése? (Ida ríe.) Ya la comprendo. En resumidas cuentas, quiere usted decir que le temo tanto como a Santiago. ¿Quizá sea también por eso que siempre llego tarde?

La Madre está ahora dotada de un “corredor interior”: su cuerpo ya no es vacío. Ida a su vez puede entonces hablar de su propio interior. La mujer sin “parte de abajo del cuerpo” no la amenaza ya con encadenarla a ella. Encarárá ‘ahora cómo elaborar en la transferencia su pánico frente al acto sexual.

Para mi madre yo era una muñeca que tenía que vestir. Me avergüenza pensar que me he paseado completamente desnuda, en el bosque, en el pueblo (de su padre). Santiago dice que lo rehuyó, como usted. Sin embargo es cariñoso, pensar que le hago cada crisis... Lo dejé para ir a acostarme sobre la alfombra. Vino junto a mí y finalmente dormimos los dos sobre la alfombra. Aquí miro los objetos. Cuando era chica no podía quedarme en cama. Me parecía aburrido. Miraba largamente los objetos del cuarto. Es curioso, para mi madre, yo era su muñeca... A veces quiere que yo sea su madre. Cuando estoy con ella desaparezo, no debo existir como yo. Quiere a toda costa que me ocupe de ella, nada más que de ella. Me llamó por teléfono, dije que estaba enferma, cansada, que tenía metritis. Es curioso, mi bebé, pensándolo bien. Casi cabe en un canasto. Son raros los bebés. Ahora ya manejo correctamente el

diafragma, pero tengo un poco de miedo. Dije a Santiago que sangraba. .. y que no era agradable en el interior. Tuve un sueño anoche. Se me ocurre.., no le voy a contar ese sueño. La voy a hacer desear conocer ese sueño, la voy a hacer esperar para nada. Era en las Galerías Lafayette. Estaba allí con Santiago comprando cortinas. Estábamos en el quinto piso. Entonces de repente, un incendio, fuego, humo. Santiago subió al sexto piso. Era mejor subir que bajar. Un día ayudó realmente como un bombero en una casa incendiada. Una amiga mía dice: estoy hecha brasas cuando hago el amor. Tengo varias hipótesis de porqué Santiago subió. Me quedé en el piso más abajo. Y me desvanecí. Era exactamente la misma impresión que en el sueño en que me hundía en la arena. ¿Por qué soñé eso? A veces Santiago me saca la lengua y es horrible. (Analizamos un problema ligado a la felacio.) Me hace bien haber podido hablarle de eso. Usted no teme al fuego.

“Era la misma impresión”. Pero ya no el mismo símbolo. Mientras que en el sueño del “abismo” Ida penetraba en su propio interior, en el sueño del “incendio” encara introducir en ella la lengua (función peneana) del hombre y no teme al “fuego” (vela: nombre que le daba al pene en su infancia) así como la analista que representa en el sueño la imago paterna no teme al “fuego interior” de Ida.

No quiero más quedarme con usted, ¡me voy a ir! Por otra parte conseguí una rebaja en el ferrocarril. Una rebaja (reducción) de mí. Para que yo no tenga nada que pueda pasar de mí a usted. Siempre le recomendaron de no tomar nada que fuera de su padre. Tuve un sueño. Estábamos Brigitte Bardot y yo en el sueño; yo hacía un capricho de criatura, pateaba, lo quiero; ¡lo quiero! Se trataba de un vestido. Pienso en mi padre, en la playa. Tenía algo en su pantalón de baño y era por eso que en ninguna forma se trataba de jugar con él. Tampoco se trata de B. B. con bombacha. Oh! me pasó algo... Compré un pájaro y lo llevé a casa. Se murió al poco tiempo. Fue terrible. Sí, en la playa me decía a mí misma: para poder jugar con él no debería tener eso en el pantalón. Cuando se hablaba de divorcio siempre me decían que él trataría de raptarme y que debía esconderme en casa de mis abuelos, ellos me protegerían. Ese pájaro, ese pobre pajarito, sin embargo yo quería hacerle un nido bien abrigado. Usted anhela tanto anidar el “pájaro” en su interior. Pero

teme que el lugar no sea confortable. Más vale pues irse que acercarse a él ¿Acaso no le aconsejaron mantenerse alejada de su padre? ¿Es que ese encuentro era peligroso para usted y para él?

Pero la prohibición materna no deja de manifestarse en el momento en que el deseo se vuelve preciso: “No se trata de B. B. para ti”. En consecuencia Ida “reduce” el pene del Padre de manera de restarle eficacia. En esta forma escapa al deseo de adueñarse de él e introducirlo en ella. La idea del peligro y la idea de la Madre prohibidora surgen simultáneamente. La interpretación se centra sobre este movimiento.

Me quedé en casa de mi madre. Me sentía enferma. Vomité. Mi madre jamás quiso introducirme en los secretos de la cocina. Apenas si me dejaba picar cebolla y perejil. Picar y cortar, nada más.

Jamás el arte culinario. Así como tampoco le enseñó el arte de acercarse a su padre. Tuve un sueño anoche. Era en el cine. Es como ir a la oficina, a la vez fastidiosa y agradable. Había una arena. El león hubiera debido encontrarse en el interior de la arena, pero estaba fuera. . . Yo estaba con un amigo y le pedía que me protegiera. Estaba a su lado y también corríamos. El león corría en el mismo sentido que nosotros. Era como un hombre. Es curioso. Me di vuelta y vi que daba saltos como un bailarín, hacía el gran “écart” en el aire... Me presenté para el nombramiento... Me pone nerviosa tener que hablar frente a cincuenta personas. Lo hice. ¿Cuánto le debo este mes? Tenía miedo allá, no me atrevía a hablar. Quisiera decirle algo. . . Sabe, siempre pensé que eso estaba muerto en mí, completamente muerto. Y ahora, sentí algo., sentí que mi vagina era sensible. Es estupendo. Sentí que podría experimentar placer... Antes tenía mucho miedo. Ahora “eso” viene. No puedo tener miedo. Sí. Siento que va a venir. Que ya está. No sé. No hablo de eso con Santiago. Creo que tiene miedo. Si eso no se resolviera, él tendría que analizarse. Qué raro, hablo como si usted no estuviera ahí. Es como si no tuviera nada que decirle. ¿Quizá piense usted que su goce me da miedo? No comprendo por qué de repente recordé a papá y a mamá, y a los alemanes. Mamá no estaba conforme cuando él venía a verme. Estaba celosa. Siempre parecía que algo podía pasar cuando papá me agarraba de la mano. Las gentes eran hostiles. Sin embargo, mi padre era hermoso. Pero todos sabían que se divorciarían. También pensé



que yo hubiera podido nacer de un padre y de una madre que no estuvieran juntos... Además tenía miedo que algo le fuera a pasar a mamá. Que fuera desgraciada... Me siento feliz... Tuve un miedo terrible que ella se comportara conmigo en un cierto modo. La imagino enojada, gritando, diciendo cosas insoportables, como a papá. Hubiera hecho cualquier cosa para evitar eso. Nunca mamá fue tan feliz como cuando yo era pupila en el colegio. Hoy, no sé, no le guardo rencor. A veces, estos últimos tiempos, me sentía llena de odio. Está disminuyendo. Pienso que no soy responsable por ellos. Estoy pensando una cosa estúpida: tengo un precioso bebé, y usted no tiene. Quizá no sea cierto, en el fondo, no sé. Pero es así como lo pienso... y siento un poco de lástima. Es estúpido. Quisiera saber ¿cuánto le debo? ¿Para el bebé? (Ida ríe.) No, no es en ese sentido que le pregunté eso. Es curioso, como si ahora me gustara privarla de algo. Qué estúpidas son esas cosas.

Habiendo nombrado el obstáculo, puede formularse el deseo de incorporación. El símbolo complejo del "león" (hombre-animal que come al hombre) condensa la imagen del pene (objeto-placer) y los gestos del amor del hombre y de la mujer a la vez (los "saltos"; el gran "écart"). El deseo de sentir el orgasmo introduciendo el pene busca una integración (el león la "corre"), pero no lo asume aún completamente: el león permanece en el "exterior". El deseo toma formas más precisas (gozar con el pene), pero Ida siente miedo porque empieza a tener las sensaciones orgásticas de que se había tratado en la sesión anterior. Esas sensaciones significarían la ruptura del vínculo materno. Frustrada, herida, ¿herirá la Madre a su hija, como hirió al Padre? No obstante, el solo hecho de entrever la salida hacia el placer orgástico, permite a Ida encarar la vuelta a la actividad profesional anteriormente inhibida.

Me vuelvo insomne. No dormí en toda la noche. como si tuviera otra cosa que hacer, en lugar de dormir. Soñé sin embargo. Al lado de una piscina había algo así como un burdel. Una mujer estaba allí, una prostituta, bastante simpática, no mala en absoluto. Hacía calor. Yo tenía muchas ganas de bañarme. Ella no. La mujer terminó cediendo. Y después había cuatro hombres, era horrible, querían que yo llenara. .. las funciones de mujer de servicio. Me espanté, nos fuimos. Después yo estaba en un ferrocarril. Yo decía: tienen que ayudarme, quieren hacerme hacer cosas terribles. En esta circunstancia yo era muy

eficaz: me dirigí a un soldado para decirle que era su deber cívico hacerme un favor. Me dio un número telefónico. Creo recordar que al final de cuentas fracasé. OW tengo un sueño terrible, tanto que ni puedo ver lo que hay alrededor mío. ¿Cuánto le debo? Mi marido me dijo que yo era inteligente. Fue agradable porque era como si me hubieran tranquilizado desde afuera. No sé por qué pienso que las mujeres no valen nada. Además siempre son los hombres quienes dirigen, hacen las cosas. ¡Oh! me corté un dedo. Ayer sangró todo el día. No sé en absoluto cómo me corté. ¿Habrá sido con un cuchillo? Sangró enormemente. ¿Por qué? ¿Cómo me habré hecho ese corte? ¡Oh! qué sueño tengo! Además, no tenía ganas de arreglarme, vestirme. ¿Pero cuánto le deberé este mes? Nunca lo sé, es fastidioso. Por el momento usted piensa que me debe un dedo por el placer que experimentó en su interior. En la playa, en el lugar donde nací, siempre estaba sola. Los demás niños tenían a sus padres, yo siempre estaba sola. ¿Está usted segura? Ah! tiene razón, aquella vez no... Pero, qué raro, en el sueño era la misma playa, ahí donde vi a mi padre.

Ida tiende a anular, por culpa, el movimiento anterior. “Ya ves —dice a su analista—, no introduje nada en mí, no hice nada, por otra parte las mujeres no tienen nada, no tienen «parte de abajo del cuerpo», por lo tanto nada temas, sigo siendo tu muñeca”. Aparece la equivalencia entre pene y dedo. ¿Cómo se cortó el dedo? Está convencida que la Madre es responsable de la herida. ¿Acaso no es ella quien impide a Ida introducirse el dedo-pene y liberarse de ella? Pero como ese “dedo” (objetoplacer de Ida) es retenido por la Madre, al cortárselo ya figura, si bien en un modo autoagresivo, su deseo de cortar el vínculo de pertenencia materna.

Anoche soñé que papá había muerto. Estábamos en C. De hecho, no recibo carta de mis padres desde tiempo atrás. La muerte de papá podría explicar su silencio. El iba en auto. Mamá estaba con él. Aún no había llegado al Monumento a los Muertos que empezó a sentirse mal. Manejaba con dificultad. Mamá pedía fuego a otro hombre. Eso indicaba que él estaba mal. Me dije: tendría que cuidarse. Y luego estaba muerto. El corazón. Pero no había tristeza. Una emoción justa, como cuando murió abuela. Una emoción fuerte,

pero algo así como extraña a uno mismo. En todo caso, sin relación con todo lo que podía comprender. Más bien había sido un sentimiento de vergüenza. Y luego, en el sueño, tenía que dejar la ciudad. Estaba con mi madre. Yo quería irnos, pero ella se oponía. Siempre el mismo chantaje, las crisis nerviosas... Me dije que era preferible ceder una vez más; nunca estaba segura de lo que podría suceder. Cuando supe que papá había muerto, ya no tenía dudas. Pensé en mamá y me dije: él habría sufrido mucho, pero ahora ya no habrá problemas. Uno no debe preocuparse por alguien que murió. Cada vez temo menos a la muerte. Volví a trabajar, a leer, a reflexionar... Es importante. Además fui a esa reunión. Tuve ganas de tomar la palabra, pero no lo hice. Estoy aún esperando mi nombramiento. Eso me dejaría tiempo para estudiar. Mi padre, pobre, siempre era amenazado por mamá, siempre estaba en peligro de ser abandonado. También soñé que habían incendios por todas partes: a la izquierda, a la derecha, abajo, arriba, adelante, atrás. Es curioso.

Ida hace "morir" al "padre", el "fuego de la madre"; lo desprende de la Madre. Pero ese Padre también es Ida misma, que sufrió, como él, la sujeción, las amenazas de abandono. El deseo de Ida se vuelve más preciso: desprenderse de su Madre, pero esta vez mediante la autonomía conquistada del placer erótico edipiano. Sin embargo, reaparece la culpa y la segunda parte del sueño nos muestra a Ida de nuevo como complemento de la Madre. No obstante se atenúa su temor de romper el vínculo. Encara la vuelta a sus actividades y llena de "fuego" ("el fuego es vida") el espacio entero, vale decir su cuerpo entero.

Otra vez llegué tarde. Ayer fue nuestro aniversario de bodas. Le regalé una pipa. El año pasado casi no le hablé a usted de mi casamiento. Debía callárselo, robárselo en alguna forma. Estoy muy contenta. Ya no es como antes, pero queda mucho por hacer. Además, siempre esperaba que usted tomara decisiones. Ahora yo soy quien decide. Anoche tuve un sueño curioso. Teníamos en casa algo así como una reunión parapolítica. Algo un tanto sospechoso. Mi marido se encontraba en la casa de enfrente. Quería peinarme y buscaba un espejo. Llego al cuarto de baño y, ¡qué horror! compruebo... vi mi cráneo. En la parte superior quedaban aún algunos cabellos..., como un cepi-....., algunos pelos. Algunos cabellos en la nuca que aún quedaban, caían, como quemados. Era horrible, feo. . . Pedía socorro: ¡Apúrense! "Sí, me

decían, es una enfermedad grave, hay que cuidarla de inmediato”. Luego iba donde estaba mi marido... Le digo: Es un peligro terrible, una catástrofe, pero no quería comprender... Cuando tenía 10 años pensé una vez: ¿Qué pasaría si murieran y quedara huérfana? Aún tengo apego por mis padres... Encontraba una antigua amiga en el sueño y la abrazaba muy fuerte. Hay muchas cosas escondidas en mis relaciones con las mujeres. Me gusta pensar que usted no le teme al fuego, eso significa que voy a poder vivir. La gente, descubrí, la gente no vive verdaderamente. Están apagados. Mi marido es fuego adormecido. Confía mucho en mí. Tengo ganas de decir que soy feliz, pero en seguida se me ocurre la idea de una catástrofe.

“Peinarse”, “tocarse”, es decir masturbarse, significa estar en peligro y amenazar. EL sentido del sueño se volverá claro más adelante: Ida trataba de recordar una escena. La idea de masturbación implica el deseo de liberarse mediante la muerte de ambos padres. La “reunión” significa que al tocarse se efectúa una reunión de uno consigo mismo, semejante a la de los padres que se unen en el acto sexual.

Un amigo me dijo en una oportunidad: eres lenta para arrancar, pero una vez que lo haces, te lanzas a todo tren. Soñé una locomotora y un niño amenazado por unos raptos. El tren pasaba entre la playa y los bañistas. Había que cruzar las vías. Pienso en un león que mordió en el brazo a una persona que lo había acariciado... Santiago me da miedo... Mis manos siempre fueron muy torpes. Al coser siempre me pincho, me corto los dedos. A propósito, ¿cuánto le debo? ¿A propósito de que? No sé, nunca logro calcular una deuda. Preferiría que me dijera cuánto es. No me gusta manipular el dinero. Eso es privilegio de mi madre. Ella llevaba la caja. El dinero, abrir el cajón, tocar el dinero..., para mí es como tocar fuego. ¿Tocar la vela? (Ida ríe.) Es curioso. Me gusta pensar qu2 la última vez, cuando no vine, usted me estuvo esperando, minuto a minuto, puesto que la hora es mía, es la sesión mía, nadie puede venir en mi lugar. Y que usted... que usted pensó en mí. Pero cuando esté curada... quiero decir cuando todo marche bien, cuando haya vuelto al trabajo y al estudio, qué será de usted? ¿Acaso mi caja estará vacía? ¿Mi cuarto estará vacío? Para ser exacta, mi marido dio su dirección a alguien. Porque cree que usted es una persona bien, que no abundan. No sé lo que yo pienso de eso.

¿Que eso me llenaría, me consolaría? No sé. Por primera vez en mi vida tengo algo verdadero mío.

Si bien es cierto que la elaboración de sí mismo y las identificaciones tienen lugar al amparo del contacto masturbatorio con el propio sexo, ese mismo contacto cede bajo el peso de una fuerte culpabilidad, de carácter anal. Es a la Madre a quien incumbe el manejo de la "caja", llenarla, vaciarla. Ella se obliga a sí misma a restituir a la Madre el poder de los dedos, usurpado por breves momentos. Mediante ello se restituye enteramente para volver a ser el objeto manipulado.

Es monstruoso. ¿Qué piensa usted de alguien que besara a su bebé en la boca? Me dije a mí misma: debo decírselo a mi analista en seguida. Es como cuando uno está condenado, quiero decir, como en mi sueño. Había agua estancada, con gusanos grandes. Había que comerlos, o, ¿acaso, al comerlos, uno se moría? Era en casa de mis abuelos. Impresión de horror. Gusanos grandes, enormes. Me hacían pensar en esa carne picada que yo había dejado en un frasco de material plástico, luego se pudrió y se llenó de gusanos. Me encontraba en la situación clásica de la mujer que tiene miedo, pero no quiere mostrarlo. Mi marido, tan asqueado como yo, se hacía el valiente. Al final recobré mi serenidad. Puse el frasco en otro más grande y los tiré a la basura. Casi me desmayo. Quise mostrar que tenía coraje. Y además, es estúpido, figúrese, interpreté ese sueño. No sé nada de psicoanálisis y no reflexioné, vino espontáneamente. En resumidas cuentas, lo interpreté. Me dije que sin duda alguna yo tenía miedo que la gente pudiera morirse en el acto sexual. Usted bien sabe que eso pasa, los diarios..., bueno, no sé quién, un presidente, alguien, murió en esa forma. Es estúpido eso de querer interpretar los propios sueños. Por qué habría de ser estúpido? Porque ignoro todo del psicoanálisis, y además es su trabajo... En el fondo, es como con mamá. Siempre me dice: eres tonta, parece que tuvieras un pedazo de hierro en la cabeza. Siempre tenía ganas que yo dependiera de ella, que tuviera absoluta necesidad de ella. Es curioso ese sueño en casa de mis abuelos. Tengo idea que la cocina es muy importante. Pienso en mi abuelo, en la cocina, cuando vivía en casa de ellos. Una vez me encontré justo a la altura de su... de manera que mi cara... esas cosas son terribles... ¿Acaso que pudiera hacer usted con su pene lo mismo que con su bebé? Eso me hace recordar que también soñé con un bebé

pequeñito, apenas más grande que mi estilográfica. ¡Estaba en un estuche transparente y yo me lo ponía por todas partes! En el bolsillo, en el cajón, arriba, abajo, por adelante, por atrás. Era muy divertido.

La culpabilidad de Ida ya no se expresa mediante una inhibición pura y simple. Se limita ahora a una demostración imagógica. No obstante el sueño aparentemente deprimente, Ida se permite a sí misma manipularse —y aun decir que lo hace—, “peinarse”, “interpretarse”, “introducirse el bebé”, “comer el gusano”. Al mismo tiempo esto significa una introyección de la función del analista. Asistimos así a una modificación importante de la imago aterna.

(Se trata del “rapto” de una joven en la calle.) Esto me provoca un malestar rarísimo. Me hace pensar en algo en la cocina. Esa cocina me persigue. Tuve un sueño: gente bailando, acepto bailar, luego el salón de baile se transforma en un anfiteatro; estoy sentada. Luego a su vez el anfiteatro se transforma en cocina. Una mujer me ofrece un cangrejo, algo gelatinoso, casi asqueante, para que lo coma. Vacilo. Luego acepto. Corto un trozo pequeño y le devuelvo lo que queda. En el fondo, me prostituí, con las buenas hermanas. Anoche hice una escena. Dije que debía dejarse a la gente el derecho de ser zonza, si quiere serlo. ¿Por qué habré dicho eso? Todos despreciaban a mi padre, yo sola lo quería. Después de todo, mi madre debió sufrir la influencia de sus padres. Esa mujer..., qué pudo no contar acerca de su marido... Soñé que tenía gemelos y también que mi bebé tenía un pequeño pene desprendible, se podía sacar, volver a poner, manipular. Nunca marché tan bien con mi marido como ahora y sin embargo me siento celosa, temo que una mujer me lo quite. ¿Quizá justamente porque usted está bien? También temo un incendio en casa. Tengo miedo de herir a mi marido. Sí, eso es, tengo miedo de herirlo. De hacer lo mismo que mamá que hirió a papá en la cocina. Usted debería analizar a mi marido.

Surge una nueva dificultad. Si bien Ida puede ya realizar en la fantasía que se libera de su Madre introyectando su poder anal en el acto masturbatorio, aún le cuesta asumir ese poder vivenciado como peligroso para su compañero. Existe algo así como una contradicción en la Imago. Por eso Ida sólo asume una

introyección parcial al dividir el cangrejo. Sin embargo, únicamente la introyección total del “cangrejo” permitiría eliminar las inhibiciones relativas al “baile” y a los “estudios” (orgasmo objetal y actividad intelectual). La contraindicación consiste precisamente en que, para realizar aquello, debería ser a la vez la Madre violenta, pero frustrada, que “corta”, ciertamente, pero “no come” (no puede permitirse el placer). ¿Acaso la violencia hacia la Madre no implica la castración de su objeto genital?

Tengo la impresión de que hay ondas ocultas entre las personas. Trato de conocer los secretos de los demás. ¿Cómo son? ¿Qué hacen? Verán que mis zapatos están mal lustrados, mi pollera mal puesta. Cuando era muchacha quería que todos me miraran, se enamoraran de mí. Ser vista, ser mirada. Es así que una se vuelve actriz. Al venir acá en ómnibus estaba leyendo acerca de la revolución rusa. Ayer Santiago se fue de viaje y me corté un dedo con las tijeras. A Mamá no le gustaba cuidarme. No debes estar enferma, me decía. Pienso que me gustaría una infusión, o un té.

Cuando papá y mamá se acostaban, de noche, a menudo me dolía el vientre. Me encantaba estar el domingo con papá. La madre de Santiago está enferma. Quizá tenga algo muy grave en el útero.

La partida de Santiago recuerda la escena en la cocina. Ahora es Ida quien utiliza tijeras para “cortar” a Santiago de su madre. De ahí su culpa, la automutilación y el temor a las enfermedades. No obstante sigue tomando forma más precisa el movimiento edipiano.

No puedo tragar nada. Sigo un régimen. Quizá tenga una úlcera o algo en el estómago. Me haré sacar una radiografía. Nunca me quejaba cuando era niña. ¡Nunca! ¿Ni aun cuando estaba en su camita? Sí, en efecto, lloraba a menudo. Tuve un sueño anoche. Una montaña: en el interior habían grandes valores, piedras antiguas. Era una montaña muy dura, durísima. Santiago entró en su interior.

Ida no puede “tragarse la intimidad nocturna de sus padres. La montaña del sueño (la Madre) esconde grandes valores en su interior. Ida sobreentiende

que no se trata para ella de penetrar en ese interior para adueñarse de los valores. Por lo contrario, ella parece restituir Santiago a la “montaña”. Pero comprendemos que en realidad ella forma una alianza secreta con su marido quien podrá apoderarse de los “valores” y entregárselos.

Fui al médico por mi estómago. Por eso no vine aquí. Y tengo poco dinero este mes. El análisis me fastidia. Le fastidia pensar con franqueza que usted debe sacar de aquí algunos “valores” para sí. Por eso piensa que debe estar enferma, debilitada, empobrecida. Pero, al final de cuentas, si usted es pobre, yo resulto empobrecida, porque usted no me paga. Es cierto, además, no sé lo que me pasa. Me siento excitada y agresiva, y no sé por qué. Sin embargo, sabe, yo quiero mucho a mi marido; pero a pesar de todo estoy muy enojada con él. No sé lo que le haría. Cuando usted está enojada consigo misma, he ahí lo que hace: se pincha, se corta, se hiere, se priva de alimento intelectual y de amor. Acaso sea lo que quisiera hacer a alguna otra persona con quien está enojada. En lo de las monjas.., no había ningún espejo. Nunca pude mirarme en un espejo. En un sueño lo hacía. Es cierto, aquel sueño donde tenía el cabello quemado. Aquel mismo, y usted tenía la impresión de que había algo “sospechoso”. Recuerdo perfectamente. En lo de las monjas nunca pude lavarme de cuerpo entero. Quiero decir, me lavaba parte por parte. Era ridículo. Nunca me miré allí abajo. Es curioso. Cuando estando en cama, mi brazo cae entre la pared y el colchón y que toca la alfombra, tengo la impresión de que alguien me lo va a cortar o morder, sin embargo allí abajo es sedoso, suave. A menudo retiro el brazo bruscamente, porque la impresión es tan rara. Es peligroso lo que hay abajo. Pienso, en lo de las monjas, ese soldado, vino un día.., lo recuerdo perfectamente, el alemán ese. Yo estaba. . . de todos modos estaba dormida... Pienso que yo estaba.., y él me dijo: Si no te portas bien, baby... y que pones tu mano allí.

No, simplemente, si no te portas bien, te corto el brazo. Luego era Navidad y yo podía pedir algo. Pedí un hermanito. Tenía 3 años. Estaba segura de que podía pedirse eso. Me dieron un oso de felpa, pero no era eso lo que yo quería... No gozaba con él en absoluto. Un hermanito es algo viviente, se puede jugar con él. ¡Y sobre todo un hermanito era una prueba! ¿De qué? De que... de que mis padres existen en algún lugar, lo hicieron, por lo tanto existen. Si fuera solamente esa la prueba, una hermanita hubiera sido igual, pero usted quería



precisamente un hermanito. Un hermanito es como una prolongación. Sí, tiene un pene y, en realidad, a mi padre no lo conocía, casi no había hombres en ese convento, salvo el cura y el médico viejo..., verdaderamente ese oso de felpa... un hermanito hubiese sido como una prolongación hacia mi padre. En realidad, es curioso que yo piense esto, es vergonzoso que no sepa... eso..., el himen, ¿dónde se encuentra? No debe encontrarse en seguida al entrar, sino un poco más arriba. Una niña puede tocarlo con el dedo. Recuerdo, siempre barría la escalera de abajo hacia arriba. Al principio no pensaba barrer, solamente agarrar el palo de escoba en la mano. Podía manejarlo; pienso cómo trepan la escalera los niños: ponen primero una pierna sobre el pasamano, y luego la otra junta. Me gustaba manipular la escoba subiendo los escalones, podía ponerla entre las piernas... Prolongaba el dedo, el brazo, llegaba hasta su padre. Vea usted, hubiera podido jugar con un hermanito y después un varoncito, ¡eso es lindo, agradable, bueno! No es un enemigo para mamá, como me explicó un día.

Ida retrocede frente a la agresividad de su deseo de “vaciar” la Madre de sus “valores”. Huye de mí para protegerme. Se niega a encarar lo que en ella la impulsa a “privarme”, “cortarme”, “pincharme”: el deseo de volver a posesionarse de su autonomía que “retengo” para mí. Esta sesión nos muestra **in statu nascendi** el movimiento que desemboca en la “envidia del pene”. Asistimos en ella a la exacerbación del conflicto con la Madre anal. Habitualmente ese tipo de conflicto se resuelve al amparo del acto y de las fantasías inconscientes masturbatorias. Y, efectivamente, a este propósito Ida termina invocando recuerdos relativos a la masturbación y es llevada a rememorar el momento traumático que la hizo renunciar a aquella solución. Ahora bien, es precisamente en aquel entonces que, como último recurso, inventa, mediante la utopía del “hermanito”, la “envidia del pene”. Poseer un pene como el varón conferiría, de acuerdo a las ideas de la niña, muchas ventajas pero que, todas ellas, pueden resumirse en una sola: la facultad de mantener con la Madre relaciones armoniosas. ¿A qué se debe el poder mágico del “pene”? Debe buscarse la respuesta en tres planos diferentes, pero no siempre fáciles de discernir. En el plano anal propiamente dicho parecería que el pene, percibido como columna fecal no desprendida del cuerpo, significa que a su poseedor no le fue arrebatada su autonomía esfinteriana. Por lo tanto

no tiene razón alguna para manifestar agresividad hacia la Madre (“los varones se portan bien, son amables, buenos”), también es exento de culpa. En cuanto al plano de la autoelaboración, la presencia del pene con relación al sexo es igualmente interesante, pues dispensa de cualquier conflicto masturbatorio (inútil en efecto poner un dedo en el sexo, puesto que un “dedo” se halla ahí permanentemente), evitando por lo tanto conflictos con los allegados: el varón puede gozar sin por ello ser “malo”. El futuro le pertenece. Por último, en el plano prospectivo del presentir genital, el pene representa una prolongación hacia el padre, como lo dice Ida, y permite acercar el objeto genital de la niña. He aquí un conjunto de significaciones infantiles que subyacen la “envidia del pene” en el caso de Ida, envidia ésta que, según podemos apreciar, escasa relación tiene con el órgano masculino. La “envidia del pene” expresa, antes bien, la represión concerniente a las fantasías autoeróticas de identificación con la Madre anal.

Tuve un sueño extraño anoche; lo olvidé. Sólo algo pude recordar. . . Ese trabajo no me desagradaría en absoluto... También sería una buena disciplina... Me obligaría a arreglarme, peinarme, embellecerme... No sé... Canto, y luego tengo ganas de rezongar, como papá. Hago cosas contradictorias. Trabajaré. Creo que la madre de Santiago está bien. Desde ese punto de vista, las cosas marchan... Es curioso, creo que siento vergüenza de trabajar, de estudiar. Como si no tuviera derecho a ello. Cuando era chica nunca podía trabajar tranquila. Eso era un privilegio escandaloso. No me era permitido trabajar por el placer de hacerlo. Mamá me decía a menudo: deja eso, pensarás en ti misma más adelante. Y entonces, más trabajaba más gozaba, pero mamá se volvía más y más triste. Esto es en mí como un clavo sin arrancar. Tanto me necesitaba ella y he ahí que un buen día podía ser feliz sola. ¡Ya no me necesitaba!... Antes yo le era totalmente sojuzgada, tenía absoluta necesidad de mí, y yo me decía: no te dejaré sola. Cuando era niña, ella se marchó... Esa dependencia también tenía su aspecto placentero. Era como depender de Dios. Me evitaba el vivir sola. A veces nos sentíamos amigas como dos colegiales. Pero eso era la superficie... Y papá, pobre, era completamente excluido de ese extraño paraíso. O más bien infierno. Sin embargo nos miraba con temor:

dos mujeres ahijadas, es malo. Ella quería hacer de mí su aliada. A veces papá sentía ternura por nosotras, y eso me da náuseas. Al final de cuentas tengo vergüenza de él, vergüenza de papá. Vergüenza de papá, vergüenza de estudiar... Papá cree que de hoy en adelante le escribiré, en vez de hacerlo a mamá. Eso me trastorna. Me pregunto porque.

El recuerdo de la escena del soldado deja entrever a Ida la posibilidad de una identificación paterna. Y encontramos aquí una nueva dificultad. En efecto, la solución identificatoria está condenada al fracaso en razón de la debilidad del Padre, sometido, al igual que la hija, al poder de la Madre.

Estoy cansada. Ayer fui a informarme por ese trabajo... Estoy encantada. Por de pronto compré broches para el cabello, lápiz labial, etc. Me divierte. Le pagaré con atraso. . . al principio, cuando no podía pagarle, me resultaba insoportable. Ahora me digo: después de todo, puede esperar un poco. ¿Por qué eligió ese trabajo? Gana dinero a expensas de los demás. ¡Es escandaloso, una carrera como esa! Sin embargo el otro día usted decía que el trabajo, el estudio, representaban un privilegio, un placer “escandaloso”. Parecería que hoy me tratara como su madre la trató a usted: me reprocha mi placer, mi trabajo, mi carrera, el hecho que gano dinero.., (Ida ríe). Es cierto, parecería que le guardo rencor, como a... Ese sueño entonces... esa pesadilla... Estaba en casa con Santiago. Había que esconderle. Algo ilegal. Las autoridades nos perseguían; una historia dramática. Unos soldados debían venir a buscarlo. Primero él se encontraba en el cuarto de al lado. Vino el jefe de policía en persona. Me explicó que debía esconder a Santiago debajo de las frazadas, en la cama, de ese modo no lo encontrarían. Es curioso cómo la autoridad superior de los propios soldados me explicaba la manera de escapar a su propia autoridad. Pero Santiago tomaba las cosas demasiado a la ligera. Se movía, salía. Yo me decía: van a golpear a la puerta, van a entrar; pero él no quería permanecer inmóvil, se movía constantemente. Como si allí hubiera habido un bebé... Yo estaba alerta. Los soldados podían volver. Golpean. Digo a Santiago de quedarse tranquilo, pero nada que hacerle, se levanta y abre la puerta. Entra una señora de edad. ¡Está usted aquí!, dice, ¡buenos días! Se va y la veo hablar con los soldados. Me decía a mí misma que nos habían traicionado... Temía que me lo arrebataran, me lo mataran. Anoche... hicimos el

amor..., yo, de costumbre... mientras que anoche tenía ganas de seguir. Estaba muy sensibilizada. (Pero surge un acontecimiento exterior que interrumpe el acto.) Me sentí como amputada. Es curioso, las cosas misteriosas, raras, con papá... No me dejaba estar con él. La vida cotidiana estaba llena de misterios. Aquel soldado alemán. . . cargado de fusiles y ametralladoras. Me dijo: buenos días, baby! Yo también le dije: buenos días, Andrés! Buenos días! ¿Como la señora de edad en el sueño, la asociada de los soldados? Sí, exactamente. Y yo pensaba en el sueño: ¡Dios mío, ella habrá visto lo que no debe ver! Es traicionero... Quizá esos alemanes buscaran a F. F. 1., o algo que hubiera estado bien escondido en mí. Quiero decir, en la cama. Tenía mis brazos, y quizás mis manos en su extremidad (Ida ríe). Es raro que haya dicho eso. Al final de cuentas, las manos siempre se hallan en la extremidad. Quizá cuando estén amenazadas, se sientan como separadas de la extremidad. En los colegios, sabe, todo se hace al estilo de las monjas. No se duerme con las manos debajo de las sábanas. Es raro, a veces no me atrevo a mirar a las personas en la calle, observarlas, ¿cómo son exactamente? Antes, aun si les hablaba, no las miraba... Recuerdo la Madre Superiora. Era una bruja. Todos sabían que robaba frutas. Y yo me preguntaba por qué dormía en una cama grande... Nosotras, teníamos nuestras camitas, nuestras frazaditas.

Ida prosigue anulando sus proyectos y sus realizaciones, usando las mismas palabras de su madre. Sin embargo, el sueño presenta una parte muy significativa en cuanto a la modificación de la exigencia imagógica: ahora es la autoridad superior quien enseña cómo escapar a su propio dominio. Ida puede entonces revivir la “escena del soldado” mientras guarda bajo la frazada el objeto-placer (mano, pene, marido). El acontecimiento exterior que interrumpe inopinadamente el coito es interpretado por Ida en función de su culpabilidad, —me sentí como “amputada”— expresa. Dicho sea de paso, esa “castración” no concierne al órgano, sino los actos y placeres ligados a él. En el sueño, el objeto-placer que Ida guarda bajo la frazada aparece aún como “robado”, o, en todo caso, ligado a un acto agresivo (la persiguen). A medida que la persecución afloja (“las manos siempre se hallan en la extremidad”) Ida adquiere el derecho de disponer del objeto-placer y, paralelamente, se desvanecerá la “envidia del pene” al perder su razón de ser.

Ida sigue en tratamiento, pero desde ya puede apreciarse un movimiento de liberación en numerosos niveles. Siente una creciente confianza en sí y comienza a valorarse en el campo profesional.

## V

Para concluir nuestro estudio, tiempo es que formulemos una pregunta eludida hasta ahora en este trabajo: ¿Por qué el sentimiento de castración y su corolario, la “envidia del pene”, constituyen un aspecto casi universal de la condición femenina? ¿Por qué la mujer renuncia con tanta frecuencia a la actividad, a la creatividad, a sus modos propios de “hacer al mundo”, por qué acepta encerrarse en el gineceo, “callarse en la iglesia”, en breves palabras, preferir una posición de dependencia? Esta pregunta es lejos de ser simple y demandaría investigaciones en diversos campos y una documentación de la que no disponemos. Nos es permitido, sin embargo, considerar el problema bajo el ángulo psicoanalítico y, con los datos a nuestro alcance, formular al menos una hipótesis.

Desde el punto de vista psicoanalítico, una institución no se crea ni subsiste si no viene a resolver algún problema surgido entre individuos. Por principio, la solución institucional acarrea ventajas a las partes en causa con relación a la situación anterior. Debemos por lo tanto aclarar los beneficios respectivos que resultan para la mujer y para el hombre de la desigualdad institucional de los sexos, al menos en el terreno al alcance del estudio psicoanalítico, vale decir, la vida afectiva.

Estamos en derecho de suponer que este milenar estado, de hecho, requiere la complicidad de la mujer, a pesar de sus protestas aparentes evidenciadas en la “envidia del pene”. Seguramente el hombre y la mujer deben estar abocados a conflictos específicos y complementarios para llegar a instituir semejante **modus vivendi** que subsiste a través de las civilizaciones con tanta constancia.

En lo que concierne a la mujer, partamos de la consideración siguiente: al salir del estadio anal, la niña debería poder realizar, mediante las fantasías inconscientes ligadas a la masturbación, una identificación simultánea con los padres genitales. Ahora bien, este movimiento tropieza con una doble

dificultad: anal en primer lugar, en tanto la autonomía en la satisfacción masturbatoria significa necesariamente destituir sádicamente a la Madre de sus prerrogativas; edipiana luego, en la medida en que la realización de la Escena primaria en la fantasía, por identificación con ambos padres, implica suplantar a la Madre. Mientras no se venza esta dificultad —y de hecho sólo es excepcionalmente— subsistirá una laguna en las identificaciones:

1º) con el Padre en la especificidad de su sexo; 2º) con la Madre, como compañera genital de aquél. Esta laguna fundamental marcha a la par con una conjunción imagógica particular: una Madre exigente, castrada y celosa; un Padre envidiado, despreciado y sobrevalorado al mismo tiempo. La única salida a esta impasse de las identificaciones es la constitución de un inalcanzable ideal fálico (imagen mítica de un Padre idealizado) que a la vez asegura a la Madre el mantenimiento de sus prerrogativas, y expresa la nostalgia de colmar en esta forma la laguna fatal para el destino genital, cual es la identificación al Padre. Al abordar la vida conyugal, la mujer portadora de semejantes Imagos encara bruscamente deseos genitales latentes, mientras, por falta de identificación heterosexual, su vida afectiva permanece inmadura, dominada como lo es por los problemas del estadio anal. Por lo tanto, las efímeras esperanzas edipianas cederán pronto el lugar a una reedición (con el cónyuge ahora) de la relación materna anal, sellada por la “envidia del pene”. El beneficio de esta posición consiste en que evita atacar de frente a la Imago materna y vivir la angustia profunda de liberarse de su dominio.

El drama de la relación materna específica de la niña queda concretizado en el siguiente hecho: en el caso en que, para liberarse de la Madre anal buscara apoyo en el Padre, se encontraría en presencia del objeto heterosexual de la Madre y por lo tanto, una vez más, en oposición de intereses con ella. Atacada simultáneamente en dos frentes, la Madre no deja de aparecer como eminentemente peligrosa: en vías de ser destruida integralmente, amenaza con destruir integralmente. Al superponerse en un mismo objeto el poderío y la rivalidad, quedan bloqueadas las salidas del estadio anal para la niña, obligándola a renegar de sus deseos. Se convertirá en apéndice anal de la Madre (“su tapón”, “su muñeca”) y, más adelante, en el “falo” de su cónyuge. Parecería que se tratara de una dificultad universal en el desarrollo de la mujer, dificultad ésta que explica a grosso modo la aceptación de la dependencia con relación al hombre, heredero imagógico de la Madre anal. Este es el precio por

algunas realizaciones genitales camufladas que —en 103 casos más felices— se permite a sí misma la mujer.

En un primer término, comprenderíamos más fácilmente las ventajas que el hombre, por su parte, saca de esa disposición a la dependencia creada por la culpabilidad femenina. Ahora bien, y pensándolo con mayor hondura, no resulta evidente a priori que el hombre desee naturalmente una relación de dominación. La falsedad, la ambivalencia y el rechazo de la identificación que encierra, deberían aparecerle como otros tantos escollos para su propia realización, plena y auténtica. Pero sin embargo... ¿Quién dudaría que, contrariando sus propios intereses superiores el hombre no es universalmente cómplice del estado de dependencia de la mujer, complaciéndose en erigirlo como principio religioso, metafísico o antropológico? ¿Qué interés halla el hombre en someter a su dominio el ser a través del cual podría comprenderse y darse a comprender? La revelación mutua de sí mismo a través del otro sexo, significaría la realización de nuestra humanidad, y sin embargo eso es lo que escapa a la mayoría de nosotros.

Luego de tratar los problemas de la mujer, tratemos de encarar los problemas específicos que, en el hombre, se oponen a su pleno desarrollo. En el momento de liberarse de la Madre anal, el varoncito puede apoyarse en una identificación con el Padre, portador del “falo”. De este modo se sustrae a la dominación materna: el Padre fálico es su aliado y la Madre no es aún su objeto genital. Habrá así eludido dos momentos angustiantes de su evolución: 1º) la liquidación de la relación materna anal mediante una incorporación identificatoria particularmente peligrosa (y esto tanto por la destitución del dominio como por la evicción edipiana inversa de la Madre); y 2º) el momento edipiano propiamente dicho que implica la identificación con el rival genital y su eliminación. Esta doble laguna en las identificaciones del varón es completamente simétrica a la que vimos en la niña. En éste como en aquel caso, el imposible deseo de posesión se cristaliza en paralelas envidias de un mismo objeto ilusorio: el “pene”. Es evidente que estas envidias se sitúan más acá de cualquier diferenciación genital propiamente dicha y se refieren a la relación anal no integrada. Si en ese estadio aparece una diferencia entre los dos sexos, ella concierne la posesión o no-posesión, tan ilusoria una como otra, del pene-cosa y de sus avatares simbólicos. A partir de ese momento, el

señuelo fálico marca el camino a las relaciones institucionales de ambos sexos. El problema de las identificaciones no logradas será camuflado tras la fascinación activa y pasiva mediante un fetiche. La posesión de un fetiche tiene por fin provocar la envidia y ésta, a su vez, confirma el valor del fetiche. Comprendemos entonces el sentido profundo que tiene para el hombre el favorecer la “envidia del pene” en el otro sexo y darle lugar en las instituciones. Si se admite que el poseedor exclusivo del fetiche es el hombre, este pretendido privilegio, cuyo origen y apoyo es la codicia, no es en sí otra cosa que una variante de la codicia, codicia al revés proyectada en la mujer. El pene-emblema aparece como una forma de hacerse pasar por algo envidiable, y esto, lógicamente, a fin de no vivir envidiando. El hombre, envidioso, no puede dejar de serlo mientras necesite objetivar en un fetiche, enmascarándolas, las lagunas de su propia accesoión. Gracias a este subterfugio sigue ignorando su tremendo deseo de ocupar el sitio de la Madre en la Escena primaria anal. La mujer, envidiosa y culpable, constituye el apoyo de medida para la proyección de aquel deseo. La mujer será esa “parte femenina” no asumida por el hombre que este último, por todos los medios a su alcance, deberá dominar y controlar. He ahí por qué el hombre se ve reducido a preferir a una mujer mutilada, dependiente y envidiosa, antes que una compañera floreciente en la plenitud de su creatividad.

El mito bíblico de la primera pareja ofrece una elocuente figuración de esta problemática. Eva, la parte clivada en la persona de Adán, representando lo que éste rehúsa en sí mismo, ve imputársele el pecado original cuya responsabilidad plena Adán evita así. Eva habría infringido la prohibición divina, ella habría “castrado” al Padre celestial. Por esta razón deberá doblegarse ante el peso de una doble culpa: la suya propia y la del hombre que éste proyecta en ella. Quedará constreñida a una doble servidumbre: con respecto a Dios (el Padre castrado) y con respecto al marido (la Madre a quien no se debe castrar). Vivirá enemistada con la Serpiente, tal el decreto divino que instituye la “envidia del pene”. Como parte del cuerpo de Adán, Eva es al mismo tiempo su cosa (su sirvienta) y su atributo. Eva, como apoyo para una proyección, controlada y subyugada, es obligada a vivir sometida, no a un compañero del sexo opuesto, sino a un representante tiránico de la Imago materna anal.



Tal es, en breves palabras, nuestra hipótesis psicoanalítica en cuanto a los aspectos afectivos de esa institución que postula la dependencia y pasividad “femeninas” e impone a la mujer la envidia de un emblema para enajenarle los deseos propios de su sexo. Esta hipótesis ofrece, con relación a los diversos conceptos culturalistas y filosóficos, al menos la siguiente ventaja: extraída de la experiencia clínica, su finalidad consiste en servir al tratamiento. Creemos en efecto que, en la escala individual, el análisis resuelve la “envidia del pene”, siempre y cuando el analista esté liberado del prejuicio falocéntrico, viejo como la humanidad.

Traducido por **Paulette Michon Ferrand**.

GRINBERG, L.— “Culpa y depresión. Estudio psicoanalítico”. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1963.

1) La culpa.— Una obra densa, rica, que sintetiza muchos aspectos del pensamiento psicoanalítico rioplatense, con el constante cuidado de articularlo con sus fuentes clásicas, no se puede resumir sin riesgo de arbitrariedad. Asumiendo el riesgo, focalizaré este comentario sobre los puntos que me parecen más novedosos.

Uno de los más importantes es la diferenciación conceptual entre dos clases de culpa, la culpa persecutoria y la culpa depresiva, diferenciación que ya ha adquirido su pleno derecho de ciudadanía entre nosotros y se revela de suma utilidad para la comprensión de los fenómenos que se nos presentan en la clínica psicoanalítica y en la conducta humana en general. Como lo muestra el autor, el pensamiento de Melanie Klein se había aproximado a este concepto, al describir las posiciones esquizoparanoide y depresiva, al aceptar en sus últimos trabajos, la aparición de sentimiento de culpa y de estados depresivos durante la primera fase esquizoparanoide (en relación con objetos parciales) y al admitir que “el objeto amado dañado pueda transformarse rápidamente en perseguidor” al cual no se puede reparar, sino sólo propiciar o apaciguar.

Se necesitaba dar un paso más y llegar a la formulación de las dos formas, persecutoria y depresiva, de la culpa. Pero se plantea en seguida la necesidad de diferenciar la culpa persecutoria de la mera angustia persecutoria y la culpa depresiva de la mera angustia depresiva. La angustia persecutoria “se refiere a la amenaza de un peligro que puede volcarse sobre el Yo... ... En la culpa persecutoria existe además el sentimiento de algo (un daño) ya ocurrido (en la realidad o en la fantasía) al yo o al objeto y que produce no sólo temor a una represalia, sino también desesperación, dolor y cierta pena, aunque predomina el temor” (p. 76). “Las principales emociones que intervienen en la culpa persecutoria, son: el resentimiento, el dolor, la desesperación, el temor, los autorreproches, etc.” (p. 80). Su marco es atemporal (pasado y presente confundidos) y sin ninguna perspectiva de futuro.

En la culpa depresiva, “los sentimientos más importantes son la preocupación por el objeto y por el yo, la pena, la nostalgia y la responsabilidad” (p. 80). Está vigente la discriminación entre pasado y presente, y existe una perspectiva de futuro (reparación activa del objeto y del yo). El concepto me parece diferir sustancialmente de la angustia depresiva tal como la define Melanie Klein, ya que tiende a enfatizar los aspectos positivos y reparatorios descritos por ella en la angustia depresiva, mientras que otros aspectos de la angustia depresiva, según Klein (la destrucción operada sobre el objeto, el sentimiento de su irreparabilidad, la necesidad del autocastigo), tendrían, en todo rigor, que ubicarse dentro de la culpa persecutoria.

En último término, la diferencia básica entre culpa persecutoria y culpa depresiva, reside en su fuente respectivamente tanática o erótica.

El carácter, a primera vista tajante, de esta diferenciación, no debe inducirnos al error de suponer una falta de matización en el pensamiento de Grinberg: ambas clases de culpa se encuentran lo más a menudo mezcladas en sus manifestaciones clínicas y ambas fuentes instintivas están lo más a menudo presentes y fusionadas en ellas, pero con predominancia persecutoria o depresiva, tanática o erótica. Sólo en casos extremos, melancolía, esquizofrenia, suicidio, por un lado, y sublimación y reparación conseguidas por el otro, podemos encontrar la angustia persecutoria y la angustia depresiva al estado casi puro, por defusión instintiva en el primer caso, por sojuzgamiento de Tanatos por Eros en el segundo.

Profundizando en la naturaleza de la culpa persecutoria, Grinberg introduce la idea de que toda privación, toda pérdida, inclusive el propio nacimiento, la desencadena. No sólo por los ataques fantaseados en contra del objeto, sino y en forma más primitiva, porque el yo se siente culpable frente a sí mismo por haber provocado o permitido la pérdida y la frustración y por haber, asimismo, provocado la pérdida o el daño de partes valiosas del propio “self”. Al recurrir a la identificación proyectiva para librarse del incremento primitivo de angustia interna, el yo proyecta partes propias, las pierde y se debilita. Este autosacrificio genera culpa persecutoria. De donde la conclusión de Grinberg: “El mismo acto de nacer produce culpa” (p 84). Por esto también, tanto el clivaje como los demás mecanismos primitivos se utilizan como defensa contra la culpa persecutoria. En último término, la culpa persecutoria descansa sobre una

protofantasía heredada, lo que da cuenta de su precocísimo desencadenamiento.

Siguiendo la lógica de esta línea, y en acuerdo con ideas sostenidas por Racker y Pichon-Riviére, Grinberg llega a la conclusión de que el trauma de nacimiento no origina tan sólo angustia y culpa persecutorias, sino también “sentimientos depresivos relacionados con la vivencia de pérdida o daño sufrido por el yo, como así también por el objeto” (p. 106). No se trata del sentimiento depresivo que pertenece a la posición depresiva de Klein, e implica cierto grado de desarrollo del yo, y la unificación del amor y del odio hacia un objeto total, sino de “un sentimiento depresivo rudimentario”, no más inconcebible en un yo precoz que la capacidad de sentir angustia o la de poner en obra mecanismos de defensa primitivos.

La situación primitiva no sería pues, sólo persecutoria, sino persecutoria-depresiva, con una mezcla de angustia y de temor con la desesperación, el dolor y una “cierta pena” por la vivencia del daño que han sufrido principalmente el yo y el objeto.

**II) El duelo.**— Las dos variedades de culpa —persecutoria y depresiva— permiten diferenciar el duelo patológico del duelo normal. Cuanto más teñido de culpa persecutoria es un duelo, más patológico. Tiende a desembocar en la melancolía u otros estados psicóticos o neuróticos. Por el contrario, el predominio de culpa depresiva permite la elaboración efectiva del duelo (el “trabajo de duelo”) mediante la reparación y el retorno a la vida normal (inclusive con adquisición de sublimaciones).

Uno de los conceptos más novedosos, valederos y útiles clínicamente del libro es, sin duda, el de “duelo por la pérdida de aspectos —o partes— del yo”. Defendiéndose contra ansiedades persecutorias provenientes del instinto de muerte, “el Yo se disocia o fragmenta y sus partes se separan y son proyectadas afuera. Muy a menudo el yo teme que estas partes desprendidas no retornen jamás, sintiéndolo como una pérdida definitiva. Esta clase de sentimientos son los que configuran, preferentemente, una reacción depresiva con el consiguiente duelo por el estado en que queda el yo” (p. 133). Esta idea parte de ciertas observaciones de M. Klein, observando las fantasías que tienen los pacientes de debilitar a su propio yo mediante el clivaje y la identificación proyectiva, y de perder así partes “buenas” de su

propio yo. Este duelo, agrega Grinberg, desemboca por lo general en una preocupación por el sentimiento de identidad o en una pérdida de identidad. Por esto los fracasos en la elaboración del duelo producen “graves perturbaciones de la identidad (psicosis) o formaciones patológicas de la misma (asunción de roles «exigidos», identidades negativas, etc...)” (p. 135).

Por el contrario, este duelo por el yo puede elaborarse mediante el deseo de comprenderse a sí mismo y de ser comprendido por el objeto bueno internalizado (M. Klein). De donde el deseo universal del “alma gemela” o la adición de ciertas personas a objetos amorosos que poseen, por identificación proyectiva, algunas de las partes perdidas por el yo.

Un gran número de fenómenos —como la circuncisión, los síntomas de angustia o depresión frente a la pérdida de la materia fecal, la avaricia con respecto al dinero o al tiempo, etc.... —incluyen la pérdida de partes valoradas del yo y las defensas contra el duelo correspondiente.

El mismo crecimiento y envejecimiento progresivo del individuo lo ubica universalmente frente a la tarea de elaborar la pérdida de los aspectos anteriores de su yo que deja tras suyo al evolucionar. Esto no es sino un aspecto del temor a la muerte. Pero interviene en la compulsión a la repetición, que responde a la necesidad de conservar “a cualquier costa (la neurosis misma) aspectos y modalidades del yo que no pueden o no se quieren dejar expuestos a la pérdida”.

También la reacción terapéutica negativa implica el no poder tolerar ciertos cambios —aun progresivos—, porque significan una alteración y pérdida del yo. Esto permite entender porqué todos los acontecimientos de alguna importancia, aunque sean deseados, pueden engendrar reacciones de depresión y culpa, no sólo por triunfo sobre el objeto, sino también por pérdida de la parte del yo que deseaba dicho logro.

En los acontecimientos comunes de la vida cotidiana, muchos pueden ser considerados como “microduelos” o “microdepresiones”, donde se vivencian la pérdida fugaz de un aspecto del yo y una leve amenaza al sentimiento de identidad. A lo sostenido por M. Klein como necesario para una buena elaboración de la posición depresiva, Grinberg agrega la condición de “haber podido elaborar, previamente, de un modo satisfactorio el duelo por la pérdida o por daños acaecidos a partes del yo” (p. 155).

En el duelo por el objeto se encuentra siempre además, para Grinberg, un duelo por ciertas partes del yo (lo que se entiende claramente si uno piensa en la proporción de identificación proyectiva que interviene en cada relación de objeto). Técnicamente, nota el autor con sumo acierto, el análisis de un duelo debe involucrar también los sentimientos de dolor y culpa referidos a las partes del yo depositadas en el objeto y pérdidas con él. Toda pérdida del objeto es también pérdida de la parte del yo ligada a éste. Por esto, muy frecuentemente, la muerte de una persona querida se acompaña en el sujeto, de fantasías de la muerte propia. Por esto también el incremento de hostilidad hacia el muerto: porque su muerte ha empobrecido el yo.

La consecuencia técnica es que toda apreciación del duelo del sujeto por su objeto debe incluir la investigación del estado del yo y del duelo experimentado por el mismo.

En una muy interesante aportación (capítulo XV), partiendo del análisis de tres situaciones de duelo en niños (una de ellas sin muerte real de una persona querida), Rebeca y de Grinberg muestra la identidad fundamental de las fantasías de muerte y de los procesos de duelo en los niños y en los adultos. Lo específico que diferencia el duelo infantil del duelo adulto, es “el mayor uso de la negación y la identificación proyectiva, explicable por la mayor labilidad del yo del niño y su mayor angustia frente a la muerte” (p. 176).

Las ideas del libro son ilustradas por múltiples fragmentos de material clínico, por un capítulo dedicado a un caso de duelo patológico, y un examen de los procesos de duelo en los grupos.

La tercera parte, “La culpa y el duelo en la creación artística”, constituye un necesario complemento de las ideas expuestas, si uno admite que “toda labor de creación o sublimación toma como base específica la elaboración de fantasías depresivas tendientes a restaurar y recrear el objeto perdido, que se ha sentido destruido” (p. 201), con el corolario de que el intento reparatorio no concierne sólo al objeto, sino a las partes del yo que han sido ligadas a él y se han perdido con él. En este sentido, la vivencia de destructividad y autodestructividad, superadas mediante el pasaje por la posición depresiva y su elaboración, está presente en toda creación artística, como lo feo forma parte integrante de lo hermoso.

Los ejemplos elegidos por Grinberg —la película de Bergman “Cuando huye el día”, la obra de Kafka, la “Orestíada” de Esquilo, “Las moscas” de Sartre, “José y sus hermanos” de Tomás Mann— muestran con mucha claridad las distintas formas de la culpa, de la pérdida y del duelo. Conviene recalcar también el análisis de la película de Resnais, “Hiroshima, mon amour”, tan justa y convincente, que constituye una pequeña joya de análisis aplicado.

**Willy Baranger.**